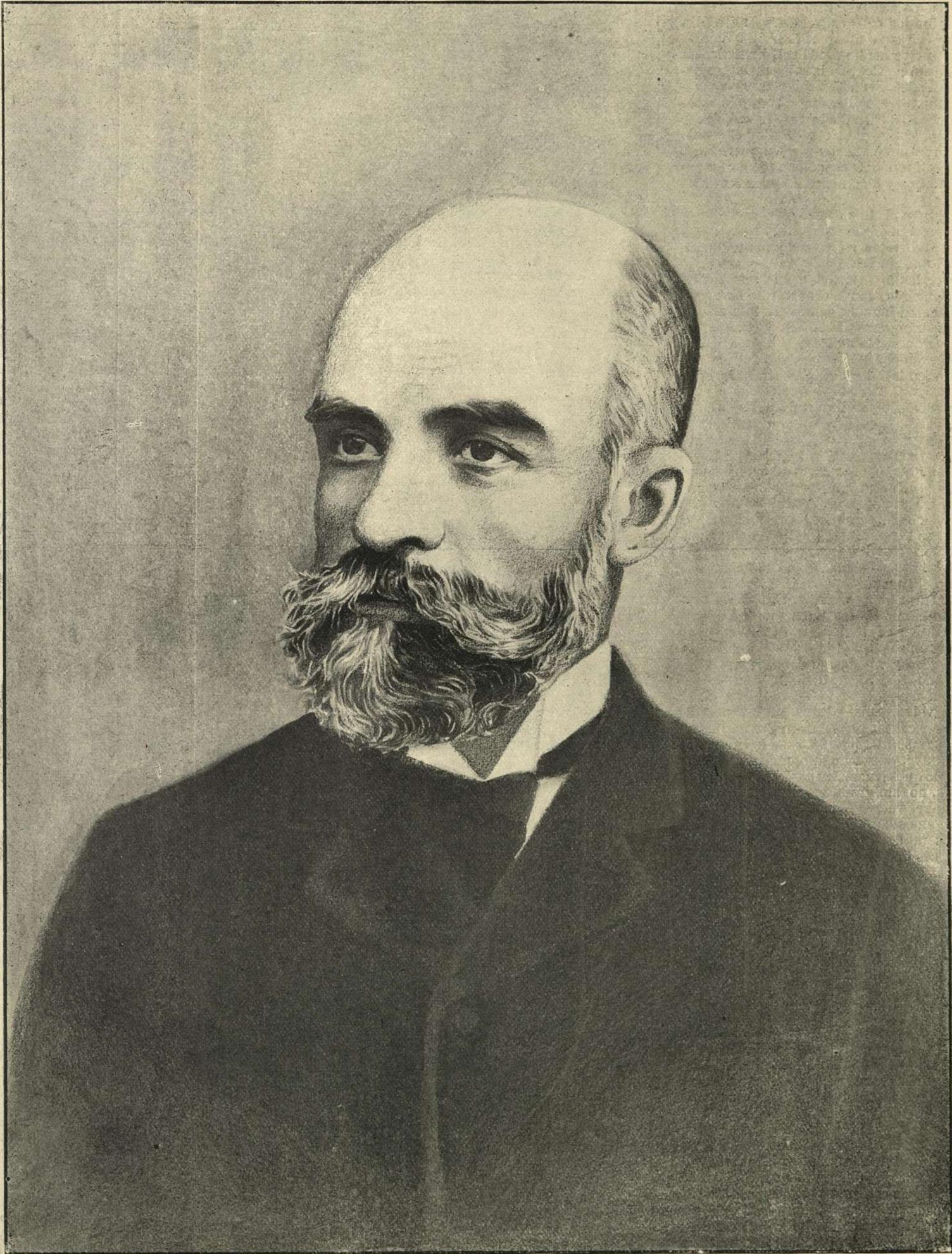


# EL MUNDO.

Tomo I

México, Domingo 8 de Enero de 1899.

Num. 2



**EL SR. LIC. DON MATÍAS ROMERO,**

PRIMER EMBAJADOR DE MEXICO EN LOS ESTADOS UNIDOS.

† EN WASHINGTON EL DIA 30 DE DICIEMBRE DE 1898.

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

## LA SEMANA

¿Os acordais de aquel jugador del poema de Coppée? Todo lo había perdido, todo, y se paseaba en la alta noche, pensando en el suicidio por las enarenadas calles de un jardín público de Madrid.

Y de pronto, el poeta de los humildes, pone á su héroe, desesperado, frente á una linda mendiguilla que duerme el dulce sueño de su inocencia, sobre un colchón de nieve en una de las bancas del parque. Por entre las negruras de los árboles vibran como alas de coleópteros los picos del gas.

¿Recordais ahora los divinos versos? Junto á la niña está un zueco en cuyo fondo ríe un luis de oro: alguna mano caritativa arrojó aquel sol brillante en el abismo de aquel zueco. Cuando la rubia mendiga dejara de retozar, en sueño, con los ángeles, la monedera le diría: mírame, perezocilla, que he estado esperando á que despiertes para darte pan fresco, leche blanca, fuego sano, abrigo y felicidad. Soy el regalo del Buen Dios, me trajeron tus amigos los querubines que hoy bajaron al mundo cargados de recuerdos para las madres sin hijos y de chucherías para los niños sin madre.

Y el jugador hurta el luis de oro á la mendiga y huye con él, y se acerca á la mesa verde, y lo apuesta. La esfera de marfil corretea y brinca como una locuela, por la rueda arlequinesca de la ruleta, saltando obstáculos y recorriendo divisiones, en persecución del número donde la Fortuna le ordenó que ha de reposar un instante. El jugador gana diez luises, cien luises, mil luises, montañas de luises, y cuando ha desmontado al banquero, la mañana se asoma lentamente á los cristales del balcón para recordar al criminal que es preciso ir á despertar á la infeliz criatura.

El jugador, arrepentido, se levanta; corriendo atraviesa las calles, busca, encuentra á la muchacha y la sacude para despertarla; va á devolverle un tesoro por una moneda, á vestirla de brocado, á casarla con un príncipe como las niñas de los cuentos; y el jugador la llama, la mueve, le alza la cabeza, le da un beso en la frente, pero en vano; la mendiguilla no abre los ojos, está rígida, helada, ya no se levantará más; ya la mató la nieve; se tardó tanto el ladrón, que primero vino la muerte. No despertará por no sentir el hambre, ni el frío, ni la soledad, ni la desdicha.

Pues así, como el jugador del poeta, salgo muchas veces de la literatura; he apostado y perdido mi última metáfora, el último endecasílabo que me quedaba, la postrera frase que tenía, los doblones de un poema, el luis de un soneto, el escudo de una redondilla; nada me queda y voy desesperado, imaginando recursos y abriendo tomos, en busca de una imagen con que pagar mis deudas.

De pronto, al volver una página, al levantar los ojos al cielo, al ver cruzar un pájaro, miro el luis de oro—el tipo, la frase, la estrofa—y se lo hurto á la nube, al libro, al ave, que como la blonda mendiga de Coppée no saben lo que tienen. Juego—; por su puesto! —y gano á veces, no sin grandes sustos y desconfianzas; mas á la postre, vuelvo á quedar tan pobre como siempre, porque en esta banca literaria todos entran ricos y salen miserables. No trato, por consiguiente de volver con creces lo robado; antes torno á cometer el delito cada vez que encuentro oportunidad y es necesario. Bien quisiera decir á los que me ven llegar á la mesa de juego con el reluciente luis de oro, y echarlo á rodar con indiferencia sobre el tapete: caballeros, esta moneda no es mía, me la encontré en el arca de bronce de Hugo, en el saco de viaje de Byron, en el pequeño vasodonde Musset bebía genio y absintio. Pero no lo digo, con la esperanza de ganar y devolver el hurto sin que nadie se entere de mi falta. Creonotar, sin embargo, que todos me miran con aire burlón y malicioso como si me quisieran decir que están en el secreto. Como me urge jugar, me veo obligado á dármeles del desentendido y del inocente. ¡Eh! nada me importa, que cuando no hallo á mano el luis de oro entre los alejandrinos franceses ó el viejo tesoro de nuestros prosadores, apuesto uno mío, poniéndole con aparente desfachatez, pero con exquisito cuidado sobre el tapete verde. Aquí, para nosotros, confesaré que soy monedero falso; suelo tener buenos troques mas no metales preciosos; de suerte que, á hurtadillas, fabrico mis luises con viejos latones, con estaños teñidos, con ruedas de plomo—ahora está de moda, como en los viejos tiempos de la alquimia, estudiar la fabricación del oro!—y me paso las horas muertas pidiendo los relieves, aclarando los bustos, igualando y abillantando los dorados.

Algunas monedas no me salen tan mal; la prueba es que no me las rechazan al instante; mas para asegurarnos de que las hice, restregadlas, sonadlas, . . .

¿No es verdad que son falsas, caballeros?

Hoy arrojé este luis, encontrado á la ventura en el rincón de mi memoria: de domingo á domingo se tiende la semana, como de margen á margen de un río, se encorva un puente.

\* \*

Hay semanas tristes, semanas solitarias, que infunden pavor y llenan el ánimo de melancolías. Hay semanas que son el *Puente de los suspiros*. Encajonadas entre los sucesos, unen lo presente y lo porvenir, con su arco de piedras negras, en las que resaltan tetricos y fantásticos labrados. Por abajo corre, obscura y quieta, como un canal de Venecia, la corriente de la vida. A lo lejos vienen, bogando, las góndolas enlutadas en que viajan los abatidos desengaños ó que sirven de ataúd flotante á esas vírgenes muertas: las esperanzas. Entonces mi crónica se pone triste como una enamorada que ve pasar la hora de la cita.

En cambio, en las semanas alegres y festejosas, en las que atraviesan altas y ligeras, como un puente colgante, como el puente de Brooklyn, el bullicioso brazo de mar de la existencia, surcado de navíos empavesados, me place adornar la crónica, hacerla estrenar vestido nuevo, ataviarla con guñapos y colmiés, darle el encargo de que componga trofeos, cuelgue oriflamos é improvise arcos de triunfo para que pase el suceso sensacional. Tomo el goce, la animación y el entusiasmo de la atmósfera satinada de alegría. La existencia me compromete; me obliga á expresarme en un idioma menos burdo y hasta me aconseja las palabras que debo usar.

\* \*

¿Esta semana ha sido alegre? ¡Ah, no! La fiesta de los Reyes, infantil y cándida, no hace ruido, pasa sin hacer ruido. Los ángeles descienden de sus esquifes azules cargados de luces y de juguetes á dejar la ofrenda celeste: los recibe un coro de carcajadas inocentes. . . . Después, todo vuelve á la misma monotonía. El encanto se desvanece pronto. . . .

\* \*

¿Alegre por la ópera? Un poco. El *Baño de Diana* y *Charivari* han perdido terreno. Fué semana de *Fausto*; y la música de Gounod hecha de cantos idílicos interrumpidos por la risa histérica de Mefistófeles, es una divina historia de amor. Es nuestra propia historia.

La semana de la presentación de una tiple dramática: la señora Rossi.

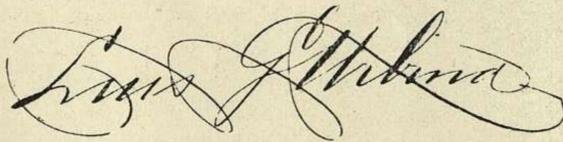
Es la Rossi una mujer bella y apasionada, cuya robusta hermosura se presta á maravilla, para interpretar esas heroínas frenéticas y locas de amor, que, como la Amelia de *Baile de Máscaras*—ópera en que la cantante hizo su debut—lo sacrifican todo; el honor, la ventura y la riqueza, por un beso. La voz de la Rossi es clara y fresca.

Ella, el tenor Avedano, y el barítono Ferrari han sido los triunfadores en estos siete días.

\* \*

¿La semana ha sido alegre? Una semana gris y sin accidentes como el desierto. Hay invierno en la tierra y en las almas.

Sólo que nuestro invierno no es triste, no es de nieve; pero en los jardines públicos las hojas secas cantan el monótono estribillo de una balada triste.



## Política General.

RESUMEN.—FRANCIA É INGLATERRA.—LA PREDOMINANCIA SOBRE EL MAR.—EL MINISTRO CHAMBERLAIN Y LA POLÍTICA DE ALFILERAZON.—SIEMPRE EL CONFLICTO POSIBLE.—LA AGITACIÓN MONÁRQUICA EN FRANCIA.—LOS ORLEÁNS Y LOS BONAPARTE.—LA REACCIÓN Y LA REPÚBLICA.—LA DEMOCRACIA EN PIÉ.—LA POLÍTICA AMERICANA.—LA RESISTENCIA FILIPINA.—AGUINALDO EN ILO ILO.—NUEVOS COMBATES.—CONCLUSIÓN.

Hace más de un siglo que el célebre ministro inglés Mr. Pitt, que tanto contribuyó á la grandeza de la Gran Bretaña, exclamaba: «todo lo que logremos alcanzar como potencia marítima depende del daño que causemos á la marina francesa.» Han rodado los años, han cambiado los tiempos, y el pueblo y el gobierno, que fundaron su poder naval sobre las ruinas y con los despojos de la *Armada Invencible* de Felipe II, siguen buscando su engrandecimiento á expensas de sus vecinos.

Ha visto coronadas por el éxito sus reclamaciones sobre Fachoda; ha logrado establecer su autoridad suprema sobre todo el valle del Nilo, desde la imperial Alejandría hasta las ignotas fuentes del Bahr-el-Abiad y el Bahr-el-Ghazal, desde las fértiles tierras donde domina en nombre del Jedive hasta las regio-

nes bravías de los fanáticos dervises; ha tendido sus paralelas eficaces para unir sus dominios sudaneses con los ricos territorios de Victoria-Nyanza y abrir el camino á la tierra de los matabeles y la Colonia del Cabo. Nadie por ahora le disputa el predominio sobre el Continente Africano, y va con paso firme á la realización de sus ideales.

Mas no le basta á sus planes ni satisface sus ambiciones la retirada de Marchand, no se conforma con sus triunfos diplomáticos que ha asegurado en el Africa la espada de Kitchener: mientras se manifiesten las vitales energías de Francia, mientras la joven república concentre su actividad en el mejoramiento de su marina, y aparte los ojos doloridos de los acontecimientos interiores que exaltan el sentimiento *patriótico* de unos cuantos, para fijarlos en asuntos de mayor interés, para dar respetabilidad y prestigio al nombre francés en el extranjero, no descansará la secular rival y buscará por todas partes y en cualquiera ocasión motivos nuevos de conflicto, causas de choque para la lucha esquivada prudentemente de una parte y anhelada con insistencia de la otra.

\* \*

No pudo ser por causa de Fachoda, pues se busca razón de la sinrazón en el Extremo Oriente; habla la Rusia y manifiesta su resolución de apoyar á su aliada en sus reclamaciones sobre los ferrocarriles de Sangaí, pues se resucita la antigua disputa sobre las pesquerías de Terranova, se discute la validez del viejo tratado de Utrecht que concedía derechos precisos á Francia y se abroga facultades que nadie le ha concedido. No parece sino que á la Gran Bretaña le corre mucha prisa por encontrar provocaciones nuevas que acaben en contienda armada. Más categórico que Pitt en sus pretensiones Sir Joseph Chamberlain, el gran ministro de las colonias, el más inquieto de los miembros del gabinete de Salisbury, cuya herencia espera recoger, no descansa en sus ataques y es infatigable en sus maquinaciones contra la que llama enemiga tradicional de Inglaterra.

No hay que perder tiempo. La arrogancia británica ha despertado la suspicacia de las grandes potencias, y hay que apresurarse á dar el golpe antes que los grandes créditos señalados ya para reforzar las probables escuadras enemigas sean aplicados á su objeto, y se encuentre la que se llama dueña y señora de los mares con una combinación naval superior á las fuerzas de que ahora puede disponer.

Que haga bien sus cuentas antes de lanzarse en ese camino de aventuras, que mida bien las fuerzas que pretende arrollar, porque es posible que en la resistencia encuentre su rival odiada elementos suficientes para inferirle una derrota de la que muy tarde se curaría, por virtud de ese santo egoísmo que ha sido últimamente su lema en su política de espléndido aislamiento.

\* \*

Y en tanto por afuera un odio secular prepara á Francia sangrientos conflictos, en el interior hay quienes se empeñan en hacer creer que la tormenta se aproxima, y que las agitaciones *dreyfusista* y *anti-dreyfusista* son capaces de hacer vacilar y derribar el orden constituido. Háblase con frecuencia de manejos de los Orleáns y de los Bonaparte; pronúnciase como una amenaza la palabra reacción monárquica; y como una especie de conjuro contra los que hablan de justicia á favor del infeliz condenado de la Isla del Diablo, se pronuncia la tremenda palabra, revolución política, á la cual contestan los exaltados con otra no menos fatídica, revolución social.

Y es que en el estado de excitación á que han llegado los espíritus, á la temperatura candente á que se han caldeado los ánimos, las imaginaciones sin freno se dejan llevar de ardientes devaneos y vuelan en alas de la quimera, aguijoneados por un patriotismo hasta morboso.

¿Qué es lo que aparta á los franceses en dos bandos? Un espectro sombrío que vaga solitario en una isla desierta, marcado con el estigma de los réprobos. ¿Qué los divide en dos grupos exaltados? El concepto de la justicia fundado en la autoridad de la cosa juzgada. ¿Por qué tantos arrebatos y tantas exaltaciones? Por que unos se empeñan en ver un culpado donde los otros pretenden contemplar la figura venerable de un mártir. ¿De qué modo ha estallado el motín? Porque los defensores de Dreyfus, los que buscan su rehabilitación legal, lanzan sus acusaciones contra algunos representantes del ejército, y los que afirman de modo indiscutible la culpabilidad del ex-capitán, pretenden que el ejército sea como la mujer de César, libre hasta de una sombra de sospecha.

\* \*

Y en este choque de opuestas y contrarias ideas corre el revuelto torrente de la opinión, donde quieren pescar los que sueñan con reacciones imposibles. Giran en torno del poder, y quizá no son extraños á las agitaciones populares, los herederos del dos de Diciembre y los buenos legitimistas; los que resbalan en Sedán y entregaron su espada en el castillo de Belleville, y los que reunen por absurda herencia

los derechos de Felipe Igualdad, el convencional, y los derechos del hijo de San Luis á quien tocó pagar en el cadalso los errores de sus antepasados. Los sobrinos del César de las Tullerías y el hijo del Conde de París espían ansiosos el momento propicio de provocar una reacción en la tierra que fecundó Gambetta con su palabra y electrizó Hugo con sus estrofas.

Vano intento. Veintiocho años de régimen republicano han enseñado al pueblo y le han abierto vastos y dilatados horizontes. Francia que vió, sin inmutarse, espirar en el destierro al ilustre conde de Chambord, severo y magestuoso representante de la monarquía tradicional; que recibió en su seno, con todos los honores de su alto rango en el ejército, al héroe de Argelia, al Duque de Aumale, sin que se elevara una sola nota discordante; que vió morir sin pestañear al Duque de Nemours, y ha reído con las proclamas del Duque de Orleans, y mira discurrir como sombra de un régimen pasado para siempre, por los jardines de las Tullerías, á la anciana emperatriz Eugenia; Francia que ha visto fortalecido su prestigio y su grandeza al amparo del pabellón de la República, no retrocederá en su camino. Tres ministerios se formaron durante el pasado año. Mélline, Brisson y Dupuy, sucesivamente en el poder, han sabido sostener la bella tradición republicana, rindiendo culto á la justicia. Aún hay elementos de vida y energías bastantes en ese pueblo para resistir los embates de la reacción, y de ella saldrá incólume la República á pesar de la racha de ambiciones que cruza asoladora sobre el suelo francés.

\* \* \*

Aún no se pone á discusión en el Senado americano el tratado de paz formado después de las conferencias de París, y ya comienza el gobierno de Mc Kinley á experimentar las dificultades anexas al establecimiento de su autoridad en el imperio colonial que acaba de adquirir. Juzgando inútil y estéril la resistencia en Ilo-Ilo al empuje de los insurrectos tagalos, el comandante español, general Ríos, abandonó la plaza, dejando al ejército americano el trabajo de reconquistarla. Aguinaldo desaparece en son de fuga de entre sus huestes de Cavite, y vuela á clavar su bandera sobre los abandonados muros de la capital de las Visayas.

En vano llama el general Otis á todos los habitantes del Archipiélago para que se congreguen pacíficamente en torno del pabellón de las estrellas, para unir las fuerzas vivas del país en la gran tarea de constituir un pueblo digno de las postrimerías del siglo y de la gran República Americana.

En vano el Presidente McKinley lanza una proclama amistosa para anunciar á todos los filipinos que el pueblo americano entra con carácter pacífico y civilizador en el Extremo Oriente, y ofrece libertades en nombre de la democracia americana.

La resistencia tendrá que ser ruda y tenaz; ya se pronunció entre aquellos hombres la palabra mágica, independencia, y difícilmente renunciarán á sus sueños; se han creído capaces de gobernarse por sí mismos, y ya establecen gobiernos y organizan parlamentos, donde se oyen los ditirambos demagógicos con que se encantan los pueblos recién nacidos á la vida autónoma.

Pero si la resistencia de los tagalos puede ser ruda, la resolución de los americanos es hasta ahora firme y decidida, y desgraciadamente habremos de presenciar una lucha desigual.

Para pasar en corto tiempo del estado primitivo en que viven algunas tribus del Archipiélago al estado civilizado, necesitan los esfuerzos dolorosos de la lucha. Destino cruel de la humanidad, que no puede alcanzar el progreso sino mediante el choque y el conflicto, la sangre y el dolor.

X. X. X.

6 de Enero de 1899.

## LA ADIVINACION

DEL PENSAMIENTO

### MARAVILLAS Y SIMPLEZAS.

Escudriñar el porvenir, adivinar lo ignorado, descubrir y dilucidar las leyes misteriosas que rigen al mundo, son en el hombre anhelos infinitos como su ambición, irrefrenables como sus pasiones. Poder leer en el alma, penetrar hasta el fondo del corazón, contar las palpitations de la pasión y adivinar cómo los hombres piensan y sienten, qué impulsos los animan, qué ideas los gobiernan; saber á ciencia cierta y á punto fijo si se nos ama, si se nos odia, si el espíritu ajeno piensa lo que aparenta y siente lo que finge; descifrar á través de las paredes mudas é impenetrables de la caja craneana el mundo de aspiraciones, de ensueños, de pensamientos, de goces y dolores que se

agita y hierve en el cerebro de los demás hombres, es la más seductora de las empresas y la más atractiva de las pesquizas, y suponiéndola lograda, el hombre dejaría de ser hombre para transformarse en semidios.

Imposibles entonces la felonía ni el engaño, imposibles el dolo y la hipocresía; Yago y Falstaff desmascarados, Luis XI y Richelieu revelados; Napoleón y Luis XIV en la evidencia; la marcha de la humanidad modificada, no habría lugar en el corazón del hombre sino para la virtud, ni habría para la sociedad más que bienestar y prosperidad.

Pero si la solución del problema sería grandiosa en sí misma y altamente benéfica para la humanidad, el problema es hasta la presente insoluble y la terrible incógnita se yergue imponente, altiva, misteriosa, como desafiando la inteligencia y el poder humanos.

Quando el hombre desea vivamente una cosa, tén-gase por cierto que ó la alcanza ó finge alcanzarla; que si no encuentra la solución la finge, y que si no llega á la verdad la forja ó la inventa. En la incapacidad de preveer realmente el porvenir, de vaticinar el futuro, de leer en el espíritu, como en un libro abierto, el pensamiento disimulado ó la pasión oculta, el hombre ha inventado las Pitonisas, los Djorghis y Faquires, los sonámbulos lúcidos, que leen á través de los muros, que escudriñan los arcanos del porvenir, que se impregnan del pensamiento mudo de los demás hombres, y que revelan y descubren los secretos más misteriosos, los arcanos más impenetrables y predicen con seguridad y sin vacilaciones los sucesos más remotos en el tiempo y en el espacio.

La observación y el estudio han revelado en el fondo de todas esas adivinaciones, ó malévolas y deliberadas supercherías, ó ilusiones engañosas de que son víctimas, lo mismo quien las experimenta que aquél á quien se comunican.

La gran superchería sibilina consistía en la forma ambigua, simbólica é indescifrable de los augurios. Consultado el oráculo, había todavía que investigar laboriosamente qué fué lo que quiso decir, que interpretar el sentido de la frase y claro está! que siempre se interpretaba en el sentido de los intereses propios, de las aspiraciones personales, de las preferencias de cada cual; á cada paso se encontraba falso el augurio, pero entonces quedaba el recurso de interpretarlo de otro modo salvándose así la reputación de la sibila. La índole de la lengua latina se prestaba maravillosamente á este género de sport, por medio de la declinación y del hipébaton. Había palabras cuyo acusativo era idéntico al nominativo; no era posible, pues, saber cuál era el sugeto ni cuál era el atributo de una proposición, y si en español, por ejemplo, el orden de los términos indica por sí sólo el sugeto ó el atributo, en latín la alteración sistemática del orden de las palabras no permitía esa distinción. Así, si preguntada la sibila quién vencería en la guerra, contestaba: *Credo hispanos vicisse galos*; su respuesta lo mismo quería decir: *Creo que los hispanos vencerán á los galos*, que: *Creo que los galos vencerán á los hispanos*. Ante esta contestación cada cual creía lo que le parecía, y realizados los sucesos, siempre había manera de probar que el oráculo había predicho bien.

No recuerdo, en español, más que un detestable dístico que realice esa forma de ambigüedad en el lenguaje:

Desde lejanos países Angelita  
Te saluda esta noche Manuelita.

En el que no se sabe si es Angelita la que saluda á Manuelita ó al contrario, todo es cuestión de puntuación, al escribirlo, ó de entonación al recitarlo.

Los espiritistas, modernos oráculos, proceden en forma análoga; responden generalmente en forma simbólica y no directa, con ambigüedad y no categóricamente, por parábolas é imágenes y nunca clara y terminantemente. Preguntáis: ¿Me sacaré la lotería? y os contestan: Al César lo que es del César; libre sois de interpretar que os la vais á sacar, porque bien merecida la tenéis y mucho la necesitáis, y por consiguiente, vos sois el César á quien La Fortuna ha de dar, en justicia, lo que le corresponde merece ó necesita. Si no os sacáis nada, que es lo natural, el espiritista os responderá que el espíritu no se equivocó, que al decir: *al César lo que es del César*, quiso precisamente indicaros que no tendríais más que lo que merecen los ilusos, los que confían en el azar y creen en la fortuna: el desengaño; que continuáis siendo el César de la ilusión y habéis recibido lo que merecíais, un solemne chasco.

Los protestantes, en todas las circunstancias solemnes de la vida, consultan la Biblia é interpretando como les parece el primer versículo que les cae á la mano, toman un partido y preveen un suceso. Un metodista, demos por caso, vacila en casarse; abre la Biblia y lee que Abraham tomó á Isaac y lo llevó al campo y alzó sobre él la cuchilla homicida y entonces aparecieron una zarza ardiendo y un corderillo, y se oyó una voz y dijo... y Abraham sacrificó al corderillo etc. Nuestro metodista infiere á su gusto que se debe casar, que aquél quiere decir que los peligros, zozobras, dolores etc. del matrimonio son aparentes ó ilusorios como el sacrificio de Isaac y que á última

hora habrá un corderillo ó chivo expiatorio que pagará los vidrios rotos y que la zarza ardiendo significa el calor del hogar. Se casa, le va mal, su mujer lo hace desgraciado; entonces comprende que interpretó mal, que Isaac, que parecía ir al sacrificio, al dolor y á la muerte, no es él, sino su mujer, y que el corderillo que vino á pagar el pato es él; y todo queda arreglado con la misma facilidad que antes, gracias á la ciencia de la interpretación, más elástica que el hule, y más maleable que la cera.

En los últimos tiempos se ha desatado por esos mundos de Dios y con bandera de hipnotistas, un enjambre de adivinadores del pensamiento, de practicantes de la sugestión mental, que encuentran los objetos perdidos menos cuando son ellos quienes los pierden; que adivinan el porvenir ajeno y nunca el propio; que preveen el destino humano y no el ingreso en contaduría; que descubren las infidelidades de las mujeres de los demás é ignoran siempre las de su cara mitad.

Los fenómenos que producen, las proezas que realizan son, en general, vistosas, brillantes, sugestivas y convincentes; espectador hay que entra escéptico y volteriano, y sale convicto y confeso y tiene pesadillas toda la noche, porque *la médium*—generalmente es *la* y es hermosa—encontró su lapicero bajo de una escupidera ú obedeció al mandato de apagar una bugía del piano.

Como prestidigitación, como recreo, como medio honesto de vivir de los operadores, nada hay que decir de estos ejercicios; pero es fuerza prevenir el ánimo del público contra las creencias infundadas, contra las supersticiones frecuentes, contra las convicciones insostenibles á que esos espectáculos pueden dar lugar.

La apariencia estupenda é inaudita de los experimentos de este género, nada prueba en favor de su origen sobrenatural y sí mucho en pro de la habilidad de los operadores. Hace años Fay y Keller produjeron casi una conmoción social. Se hacían atar sólidamente con cuerdas contra una silla; así ligados de piés y manos y *en la mas absoluta imposibilidad de moverse*, hacían oscurecer el teatro y acto continuo comenzaba una zarabamba infernal, sonaban campanas, panderetas, guitarras, cadenas; luces fosforescentes surcaban la oscuridad... *Fiat lux!*... y el operador aparecía atado, inmóvil, en la actitud en que se le había dejado. El hecho causó una impresión fenomenal; los espiritistas se abonaron en su activo aquellos prodigios; la prensa religiosa se conmovió; habló del arte del Diablo, de magia negra, de *brujismo*, herejía y exitó al público á no concurrir más á aquel *sábado*. Amenazados en sus intereses Fay y Keller manifestaron que en sus experiencias no había brujería, ni espiritismo, ni nada sobrenatural, sino habilidad y prestidigitación, y el Conde Castiglione lo probó, poco después, repitiendo en plena luz los mismos prodigios.

Pero ni éste, ni veinte mil chascos más, bastarán á escarmentar á los crédulos y todavía hay quien siga creyendo en espiritismo, sugestión mental y adivinanza del pensamiento.

¿De qué medios se valen los experimentadores para producir la ilusión de la adivinación, de la doble vista, de la sugestión mental? De muchos y variados, según el caso, y vamos á dar idea de algunos. Cumberland, predecesor de Bishop, encontraba los objetos perdidos haciéndose guiar por quien los había ocultado sin que el guía tuviera conciencia de ello. Experimentando en París, Garnier, el arquitecto de la Opera, sospechó el procedimiento y acto continuo repitió las experiencias.

Aldo Martini y Balabrega tenían un ingenioso telégrafo de palabras usuales con sentido convencional; so pretexto de recomendar á la *médium* el esmero y la atención en las experiencias, pronunciaban las palabras cabalísticas y adecuadas y la *médium* ejecutaba lo que disimuladamente se le mandaba.

En una sesión privada vimos emplear un telégrafo muy grosero. Mandado un acto á la *médium*, ésta se ponía en pié y empezaba á andar; si seguía el buen rumbo se la dejaba hacer; si se extraviaba, el hipnotizador comenzaba á decirle: Fíjate en lo que haces; pon cuidado; no has leído bien en mi espíritu, etc.; á cada indicación la *médium* modificaba sus actos; el silencio del sugestionador le indicaba que todo marchaba bien y en caso contrario, con sus recomendaciones de atención y cuidado, la conducía como se lleva de la rienda á un cabaño.

Invitados á mandarle hacer algo, pedimos al hipnotizador lo sugiriera un acto sencillísimo: que bostezara. El operador finge sugerirla, la *médium* se pone en pié y echa á andar; el hipnotizador le va á la mano diciéndole ¿por qué te paras? á lo cual replicamos nosotros ¿por qué no se ha de parar y andar si lo que hemos mandado lo mismo puede hacerse de pié que sentado y andando, que en reposo? Desde aquel momento la *médium* quedó como clavada en su sitio y no hubo poder humano que bastara á hacerla obedecer ni ejecutar lo mandado.—Que tosa—que ría—que suspire... nada, hubo que dar por concluida la sesión; roto el hilo telegráfico ya no hubo lucidez, ni adivinación, ni sugestión mental.

En otra ocasión una *médium* cerró los ojos, se aplicó sobre los párpados cerrados dos pelotas de al-

Exposición Nacional de Bellas Artes en la Academia de San Carlos.



Cuadro por Luis Gash.

CANCION ARABE.

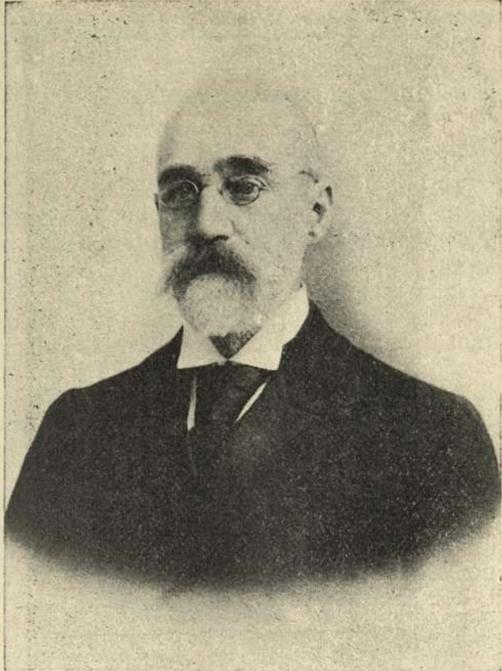
Fot. de Luis C. Sandoval.



MCD 2018 Cuadro por Juan Ferró.

BODA EN EL PUIG (VALENCIA.)

Fot de Luis C. Sandoval.



DON ROMAN S. DE LASCURAIN,  
Director de la Academia Nacional de Bellas Artes.

### El Sr. Lic. Don Matías Romero,

PRIMER EMBAJADOR DE MEXICO EN WASHINGTON.

Decía un general, de los del antiguo régimen: «Estoy dispuesto á derramar toda mi sangre por la patria; pero que no se me exija el sacrificio de los placeres de la vida.» Como ese general piensan muchos, casi todos los que se llaman patriotas, los que dejan en la historia nombre de héroes.

¡Cuánto más difícil y heroico es inmolar al bien y á la verdad todos los instantes de una vida austera, laboriosa y fértil, que consumir en un arrebato irreflexivo tal vez, uno de esos sacrificios que deslumbran á las multitudes!

Nuestro ilustre estadista y diplomático vivió para la Patria; sus servicios fueron constantes é ininterrumpida su tarea desde que se reveló su vocación.

Como economista y diplomático, el Sr. Romero deja en la historia nacional huellas profundas: su espíritu selecto abarcó todos los problemas vitales de nuestra reorganización y su gran carácter persiguió sin desmayos un ideal, hasta morir, en su puesto y con la vista siempre fija en el porvenir.

Fué un liberal, pero sus ideas, su obra, su vida entera, no se encerraron en el exclusivismo de un partido; no aprovecharon sólo á un grupo, sino á la patria, á la humanidad, al progreso.



Sr. EDUARDO LUQUE.

godón, se hizo vendar con un pañuelo de seda; reforzó la venda con la mano aplicada sobre ella, y en esa situación leyó cuanto se le escribió en un papel. La sometimos á la siguiente prueba, hacerla leer por el revés del papel y no pudo conseguirlo; por manera que ella que veía á través de los párpados cerrados, el algodón, la venda y la mano, no podía ver á través de una hoja de papel. Convencidos de la superchería, repetimos su experiencia, que todo el mundo puede hacer, y nos convencimos de que veía, no á través sino por bajo la venda; para ello le bastaba con la mano comprimir y aflojar la venda, levantar ligeramente con los párpados los algodones; debajo queda un campo visual en el que puede leer cualquiera sin ser *medium* ni estar hipnotizado.

El telégrafo de que se sirven algunos sugestionadores no es hablado, sino mímico, consiste en actitudes, en movimientos, en la posición de las manos y brazos, en la expresión de la fisonomía, que pasan inadvertidos para el público atento tan sólo á la *medium*. Con estas indicaciones y un poco de observación es posible, ya que no siempre sea fácil descubrir el truc, la artimaña de que no dejan de servirse los experimentadores.

Pero doy un consejo á todos los que lleguen á descubrirlo y es que nunca lo digan, ni menos aún lo demuestren. Ya hemos estado á punto de perder uno de nuestros mejores amigos porque invitados y llevados por él á una sesión de sugestión mental para impedir que lo engañaran y se burlaran de él, fueron sus propias palabras, le probamos que lo habían burlado y escarnecido.

Tal impresión le produjeron las experiencias, que jamás nos perdonó que hubiéramos probado perentoriamente, que todo aquello era una farsa. Y es que nada hay más doloroso que el desvanecimiento de un ensueño y que el hombre prefiera quedarse sin la verdad con tal de conservar la ilusión.

### EXPOSICION NACIONAL DE BELLAS ARTES.



Cuadro por Germán Gedovius, hijo.

AUTORETRATO.

Fot. de Luis C. Sandoval.

Para apreciar el valor de un hombre es preciso observar lo que encontró al venir al mundo y las transformaciones que operó con su esfuerzo. Todos los contemporáneos lo dicen y la historia lo confirmará. Romero fué un agente poderoso del adelanto nacional.

### CANCION ARABE.

CUADRO POR LUIS GASH.

Cuando el pobre Guy de Maupassant visitó Argel, tuvo la sensación de encontrarse en medio á un hervidero de sacerdotes de una secta austera y hierática, profundamente absorta en hondos pensamientos y eminentemente contemplativa.

Los árabes, en efecto, envueltos en sus albos y flotantes albornoces que les prestan aspecto monástico, constituyen un pueblo cuyos impulsos y cuyas actividades convergen siempre en la idea religiosa.

Mahoma está más adherido y ha penetrado mejor en el alma del árabe que Jesu-Cristo en la de los occidentales, y de tal suerte, que el árabe ha adquirido en todos sus hechos y en todos sus dichos un vigoroso sello de religiosidad.

Miradle cruzar, gineté en su dromedario bigiboso, las tostadas planicies del desierto y veréis que su actitud es la de un filósofo de la época teológica, medita sobre el árduo tema de la Esencia divina; cuando extiende al sol sus miembros de bronce y da reposo á su cuerpo enervado por la monotonía de los horizontes que le rodean, su mirada se abisma en quién sabe qué místicas visiones y su gravedad impenetrable no se desprende de él por un sólo momento.

Ni cuando ama suele sonreír el árabe.

Cuenta Maupassant que él vió en Argelia un sarao orgiástico organizado por un árabe jefe de tribu. Los hombres sentados en semicírculo, miraban á las bailarinas que ante ellos quebraban sus cuerpos impecables, con el caprichoso ritmo de la danza. Las muchachas eran bellísimas: circasianas de tez nacarada, argelinas de formas opulentas, españolas de ojos de fuego.

«Pues bien,—dice el escritor francés—ninguno de aquellos hombres sonreía. Miraban y asistían á aquella fiesta con una gravedad y un recogimiento que entre nosotros no se encuentran ni en los templos.»

\*\*

Luis Gash ha sabido sorprender esa unción religiosa en el árabe que entona su canto en loor de la bien amada que apoya sobre sus rodillas la cabecita de gacela.

Esa acción sirvió de pretexto á Gash para de- rochar colores en una proporción inaudita y oponiendo las tonalidades más fuertes á las tintas más suaves.

En cuanto al dibujo—alma del trabajo pictórico—puede calificarse de correcto sin pre- tender con ello que sea perfecto.

En la composición encontramos una falta: es difícil que, dada la situación del diván, sea lle- vadera la postura que guarda la odalisca.

La tensión de la pierna derecha, cuando el cuerpo se carga sobre este lado, no se soporta por mucho rato y he aquí por qué para quien ama el realismo en el arte, la odalisca de Gash guar- da una postura convencional.

Por lo demás es un curioso cuadro de costum- bres exóticas, que acusa talento y soltura en el pincel que lo hizo.

### “BODA EN EL PUIG” (VALENCIA) EN 1807.

CUADRO POR JUAN PEYRO.

Fortuny, el delicado y genial Fortuny, supo comprender maravillosamente los inagotables recursos que á un pincel elegido puede propor- cionar el estudio de las costumbres de principio del siglo.

¿Quién no conoce «La Vicaria»? Ese porten- to de dibujo, de color, de vida y de genio, ha recorrido los ámbitos del mundo y apenas hay una mirada medianamente amante de lo bello que no lleve estereotipada, con todos sus deta- lles, aquella creación tan vigorosamente suges- tiva.

Pues bien, la emoción que hemos experimen- tado cuando admiramos «La Vicaria,» vuelve á nosotros, casi con igual intensidad, si nos ha- llamos en frente del cuadro de Peyró que moti- va estas líneas. ¿Cuáles el asunto? Un matrimo- nio, simplemente, un hombre y una mujer que se arrodillan delante del cura para recibir la bendición que habrá de unirlos para siempre, que habrá de ayuntarlos á iguales dolores y á iguales alegrías. . . . .

En el altar resplandecen los cirios é iluminan, con la tremante claridad que produce la amalgama de la luz del día y de la luz de artificio, el austero perfil del padre cura que lee la famosa epístola conjuntiva. La novia inclina el rostro y lo oculta entre las albas blondas de la mantilla; el novio la mira de soslayo; los padrinos asisten á la ceremonia con toda la enor- gullecadora conciencia de estar cumpliendo un en- cargo de pró.

Más atrás, la comitiva se esparce por toda la nave, impaciente porque la ceremonia concluya y porque el indispensable soplador de fanfarrias,—que descan- sa cerca de la puerta, con sus instrumentos al lado,—dé al aire el desgrane de su yocunda melodía, que hará saltar, en rítmico abrazamiento, á mozos y mo- zas, sobre el césped y bajo los emparados, en cele- bración del suceso.

Eso es todo y á fé que es bien sencillo. Pero mire- mos la obra del hábil pincelista y sentiremos una gran emoción estética.

Todo el cuadro está estudiado con maestría y reproducido de igual suerte, desde la ornamentación del altar hasta el gesto de las figuras, y apenas es posible imaginarse una perspectiva más perfecta. Es tan real la capilla, tan verdadera, que el espectador siente impulsos de avanzar por las frescas naves, de hollar las rosas que tapizan el pavimento, de empu- jar la calada reja y de salirse á la calle, atravesando los claustros que se adivinan extendidos más allá de lo que la luz del día y de los cirios alcanzan á alum- brar.

No de otro modo se percibe esa sensación de reali- dad, si nos fijamos en las figuras y las relacionamos con nosotros mismos. Diríase que son conocidos nues- tros todos los que allí se encuentran: los traviesos monaguillos que conspiran una picardía en las gra- das del altar, el sacerdote, los novios y los padrinos, aquellos viejos que evocan recuerdos de pasados días y charlan sentados en la banca del fondo, este chi- quillo devotamente arrodillado ante una ceremonia que aun no entiende. . . . . En fin, todos, todos vi- ven, todos tienen un movimiento suspenso y dentro de un instante van á levantarse, van á sonreír, van á irse por la reja y nosotros con ellos, porque nosotros hemos llegado á conceptuarnos parte de esa curiosa comparsa nupcial. ¡Así vive el cuadro!

Su ejecución técnica, á nuestro juicio, nada deja que desear y es «La Boda» de Peyró uno de los cua- dros que más nos han conmovido, que más hemos admi- rado, y sin disputa alguna, uno de los mejores que fi- guran en nuestra Exposición de Bellas Artes. Este cuadro, la «Madona Pontina» de Serra, el monaguillo de Benlliure, y el Papa de Villegas, bastarían para declarar que esta Exposición no ha tenido preceden- tes en México.

Creemos justo expresar aquí nuestro aplauso al se- ñor don Luis C. Sandoval, que ejecutó la fotografía que ha servido para el fotograbado que damos hoy, pues si todos sus trabajos han sido buenos, este es verdaderamente admirable.

### ARTISTAS DE LA OPERA DEL NACIONAL.



SRA. ROSSI. (Véase «La Semana.»)

### AUTORETRATO

POR GERMAN GEDOVIVUS, HIJO.

No vacilemos en decirlo claramente: reputamos á Gedovius como á nuestro primer pintor contemporá- neo.

Discípulo de esa nueva escuela alemana que ha sa- bido adunar tan hermosamente el más genuino rea- lismo y la más artística idealización, es Gedovius un artista moderno en el verdadero sentido de este atri- buto; es decir, de los que arraigando en positivas es- peculaciones, poetizan lo suficiente para dar á la obra el sabor grato á los paladares experimentados, ese sa- bor que constituye la eterna preocupación de quienes anhelan *vivir en los tiempos*. Ningún país más propi- cio para el laborioso cultivo del Arte sólido y real, co- mo la vieja Germania. Hay en los espasmos de sus selvas quién sabe qué ecos rezagados de las apagadas trovas de los *minnesinger*; hay en la desbordante salud de sus campesinos el más elocuente reclamo de la om- nipotente vida; suspiran misterio los murmullos del Padre Rhin á la par que proclama el rumor incesante de la industria, que hay algo imperioso y fatal que hostiga cada día más el espíritu humano, obligándole á ponerse pacientemente el torturante yugo de la ta- rea forzada.

En Alemania se sueña y se trabaja al propio tiem- po. El ensueño va siempre acoplado con el vigor del cuerpo y con el justo aprecio de lo real y de lo sano.

De aquí la firme virilidad del Arte tudesco, ya sea que se manifieste en plástica, en color, en sonido ó en idea.

Gedovius tiene en su sangre gotas tropicales y lle- vó consigo un elemento más de victoria cuando fué á educarse á aquel medio.

En München humedeció sus pinceles, en ese Mün- chen que es Atenas germánica y que ha dado ya mil florones al Arte moderno.

Cuando tornó á la patria, el pincel de Gedovius era ya magistral y hoy triunfa augustamente en nuestra XXIII Exposición Nacional de Bellas Artes, con gran contentamiento de quienes soñamos en el nacimiento del Arte en México.

Germán Gedovius es muy joven, y es seguro que su mano habrá de crear mucho todavía, pues—fiel á las tradiciones de sus maestros—sabe trabajar y quiere ser prolífico.

El cuadro que hoy publicamos es magnífico. Retra- tóse el joven pintor al modo de Velázquez, haciendo gala de su dominio sobre las tintas bajas y de su ex- quisita fineza de dibujo.

No es, á nuestro juicio, este retrato lo mejor que ha presentado, y ofremos á nuestros lectores publicar próximamente más reproducciones de las magníficas obras de nuestro distinguido compatriota.

En el ánimo de todos los aficionados que han visto las actuales galerías de San Carlos, está que Gedo- vius puede exponar en cualquier parte del mundo y que su pincel dará mucho honor á su patria.

### DON ROMAN S. DE LASCURAIN.

DIRECTOR DE LA ACADEMIA NACIONAL  
DE BELLAS ARTES.

Digno de aplauso es el empeño con que el señor Lascurain ha organizado la Exposición Nacional de Bellas Artes que hoy debe inaugu- rarse.

Durante algún tiempo se habían interrumpi- do estos certámenes tan útiles,—necesarios iba- mos á decir,—para la difusión de la cultura ar- tística, y al decidirse la organización del que va á inaugurarse, apoyó el señor Lascurain la feliz idea de permitir á los pintores españoles que enviaran sus obras *fuera de concurso*.

La Exposición de Bellas Artes, aunque nacio- nal, ha podido gracias á los envíos de España, reunir un gran número de obras de mérito que serán un elemento de educación para los alum- nos de la Academia y producirán á la vez el beneficio de elevar el gusto público.

### EL SR. EDUARDO LUQUE.

Publicamos el retrato del representante de los artistas españoles que exponen en nuestro Certamen de Bellas Artss.

El Sr. Luque que es también un habil pintor, vino al país con la idea de que los artistas es- pañoles enviaran trabajos á México y concurrir- ran al Certamen, y siendo dicho señor amigo per- sonal de muchos de los pintores españoles, á él se debe en gran parte que el contingente espa- ñol haya sido tan numeroso y selecto.

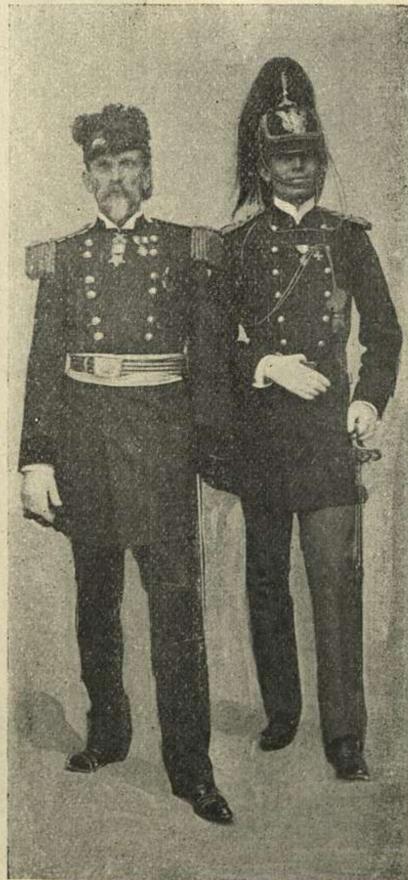
Felicitemos al Sr. Luque por el éxito que han obtenido sus gestiones, así como por el impulso que ha dado con su habil intervención á la pro- pagación de la cultura artística de nuestro país.

### EL PRIMER EMBAJADOR EN MEXICO.

EMBAJADAS Y EMBAJADORES  
REGLAS DE LA ETIQUETA DIPLOMATICA.

La solemne recepción del primer embajador extran- jero acreditado ante nuestro gobierno, hace oportuno que demos á nuestros lectores una explicación some- ra de ciertos principios, reglas y usos diplomáticos consagrados en las naciones que constituyen nuestra civilización occidental.

Designase con el nombre de agentes diplomáticos,



EXMO. GENERAL POWELL CLAYTON.

TENIENTE POWELL CLAYTON.

ó simplemente con el nombre de ministros, á los de- legados de una soberanía que la representan ante otra soberanía extranjera.

Cuando las relaciones de los pueblos, y más aún las

que cultivan sus gobiernos, eran menos frecuentes, y estaban sujetas á mayores contingencias que hoy, las misiones diplomáticas se confiaban á *embajadores* especialmente nombrados para uno ó varios asuntos.

Mas cuando hubo de adoptarse el uso de mantener misiones diplomáticas permanentes, la práctica general fué creando diversas clases de agentes que difieren, ya en cuanto á su categoría, ya por la naturaleza de las funciones que deben desempeñar.

Desde la paz de Utrecht, época en que se generalizó la necesidad de las relaciones internacionales continuas entre los diversos Estados de Europa, hasta la reunión del Congreso de Viena, más de un conflicto serio fué motivado ó pretextado por disputas acerca de la respectiva importancia de los agentes diplomáticos que con diversos nombres representaban á los Estados soberanos en las cortes europeas.

A fin de fijar una regla segura sobre los derechos de precedencia y hacer más fácil la intrincada etiqueta diplomática, el Congreso de Viena y el de Aix-la-Chapelle, adoptaron en los primeros años de este siglo la siguiente clasificación que marca la categoría de los agentes diplomáticos, en la capital ó corte en que están acreditados:

1.º Embajadores y Nuncios del Papa.

2.º Enviados extraordinarios y Ministros Plenipotenciarios.

3.º Ministros residentes.

4.º Encargados de negocios acreditados cerca del Ministro de Relaciones exteriores.

La diferencia entre los agentes de la primera categoría y los demás, consiste en que sólo aquéllos tienen *carácter representativo*, esto es, que aún prescindiendo de su misión diplomática y fuera de ella, *representan personalmente* al soberano de quien dependen y son acreedores á un tratamiento adecuado al carácter que les da su *representación*. Consecuencia de esto es que puedan negociar directamente con el jefe del Estado, sin la intervención del Ministro de Relaciones exteriores; los ministros, por el contrario, tienen que tratar todos los asuntos de su misión según las fórmulas de gabinete. Ciertamente, en nuestros días no es de gran importancia esa prerrogativa de los embajadores, ó al menos, tiene proporciones de poca significación si las compara á las de otros tiempos, cuando los soberanos no tenían taxativas constitucionales para las negociaciones diplomáticas.

Los embajadores son extraordinarios y ordinarios, ya por el carácter de la misión que se les confía, ya por la duración de su permanencia en el país extranjero en donde están acreditados. Hoy lo común es que tomen los embajadores el carácter de extraordinarios no por la naturaleza de su encargo, sino porque el tiempo en que han de desempeñarlo no se determina ni se limita á un período fijo de antemano.

\* \*

Los embajadores, como todo agente diplomático, reciben de su gobierno una *credencial* en la que se determina su carácter y las facultades de que están investidos para tratar con el soberano extranjero.

Al llegar al país de su destino, ó mejor dicho, á la capital de éste, notifican al Ministro de Relaciones exteriores su arribo y le envía copia de sus credenciales, solicitando por conducto de ese Ministerio, la audiencia solemne para presentarse al soberano ó jefe del Estado y entregarle las cartas que lo acreditan como embajador.

Ordinariamente esta audiencia es pública y aunque el ceremonial difiere en los diversos países, y es más ó menos aparatoso, según sean éstos monárquico-traditionalistas, constitucionales ó republicanos, ha habido ó hay ciertas prácticas comunes que en algunas naciones europeas se reducen á las siguientes fórmulas.

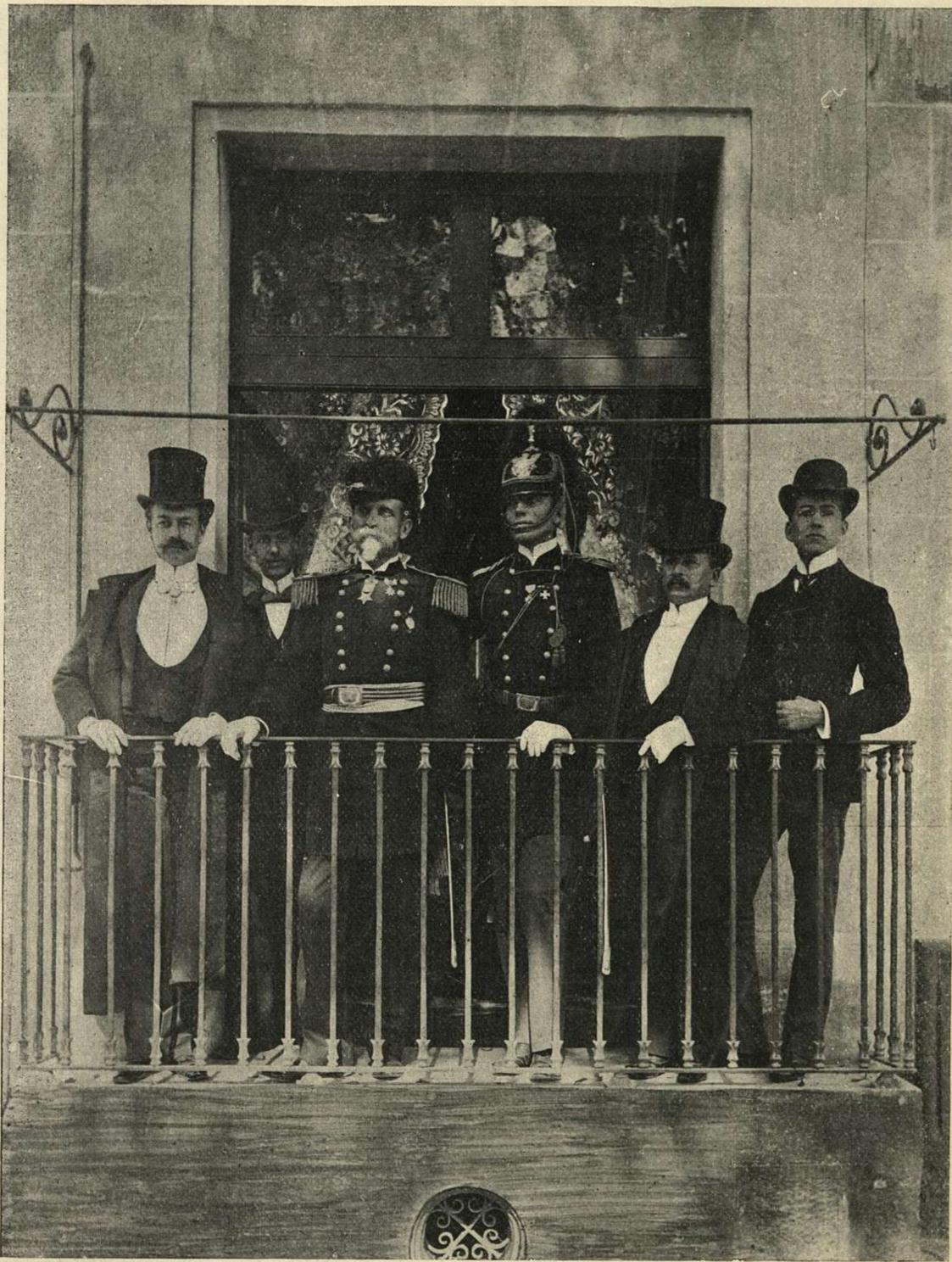
Señalado el día para la audiencia, el rey ó presidente rodeado de la familia real de los príncipes de la sangre, en el primer caso, y de los ministros y altos funcionarios, espera sentado ó de pié al emba-

ador, el cual penetra al salón por una puerta que se abre de par en par: hace tres reverencias antes de llegar al estrado, bajo cuyo dosel está el jefe de la Nación; éste se cubre y hace indicación al embajador para que también se cubra.

Cuando el soberano no está de pié, el embajador se sienta, pues no podría decorosamente representar á otro soberano en actitud de inferioridad ante el que viene acreditado. En Turquía surgió un incidente diplomático hace dos siglos porque el gran visir no quería que su sitial estuviese al mismo nivel que el del embajador de Francia, y como era de esperarse la cuestión hubo de resolverse favorablemente á la alta dignidad y representación de los embajadores.

Leídos á dichos de memoria los discursos de estilo, el embajador hace ademán de entregar al soberano y entrega de hecho al Ministro de Relaciones sus credenciales.

En las cortes donde la reina es soberana, el embajador no se cubre, limitándose sólo á hacer señas de cubrirse con lo que indica su *representación* de otro soberano.



EL EXMO. GRAL. POWELL CLAYTON Y SUS SECRETARIOS, en el balcón de la Embajada de los Estados Unidos después de la solemne recepción. [Fot. de "El Mundo"]

\* \*

El cargo de *introducción de embajadores* fué creado por Enrique III de Francia á fines del siglo XVI. En donde no hay individuo especialmente designado, desempeña ese cargo el gran chambelán ú otro alto personaje de la corte.

En coche del Estado viene el Embajador al Palacio, con el cortejo que se acostumbra, y escolta, como si se tratase del soberano; puede caminar en coche de seis caballos y llevar consigo á los secretarios de la embajada en los coches de ésta.

La precedencia del embajador en las cortes lo pone sobre cualquier funcionario del Estado y sólo cede el paso á los príncipes de sangre real. Aún los príncipes reinantes le son inferiores en precedencia si su soberano es superior á ellos; por ejemplo, si tiene título de rey ó emperador ó es una República respetable.

Naturalmente todo lo que hemos dicho se refiere á una *tradicción común monárquica*, que se ha alterado más ó menos y que tiende á desaparecer en lo que tiene de aparatosa, subsistiendo solamente inalterable

la precedencia de los embajadores sobre los otros agentes diplomáticos y los honores que se le disciernen como á *representantes personales* de una soberanía.

Esto explicará á algunos el por qué se ha ordenado que al Embajador de los Estados Unidos se le hagan los mismos honores militares que al Presidente de la República, permitiéndole pasar en coche por la puerta de honor de los Palacios Nacionales. Se ve, pues, que aún simplificado hasta lo último el ceremonial, como tenía que ser en un país republicano y democrático, subsisten y se aplican las reglas de cortesía fundamentales, es decir, las que no pueden negarse en ningún país culto á los soberanos ó jefes de Estado de las naciones amigas.

#### NUESTRO EMBAJADOR EN WASHINGTON Y EL EMBAJADOR DE LOS ESTADOS UNIDOS DEL NORTE.

El Gobierno de México decidió elevar la misión que tiene en Washington á la categoría de Embajada, y correspondiendo á esa determinación, el Presidente McKinley promovió al Ministro de los Estados Unidos en nuestro país al rango de Embajador.

El día 3 del actual debía haberse celebrado simultáneamente en México y Washington la recepción solemne de los respectivos embajadores; mas un acontecimiento que entristece hondamente á nuestra patria, la muerte del Sr. Romero, impidió que nuestro digno representante coronara con el honor que se le había otorgado su meritisima y gloriosa carrera diplomática.

El Embajador de los Estados Unidos, en el discurso que pronunció ante nuestro Presidente en el acto de presentar sus credenciales, hizo del Sr. Romero sincero y cariñoso elogio. Decía el Sr. General Clayton:

«Señor Presidente, esta ceremonia os hará pensar sin duda, como á mí, en otra de carácter análogo que se esperaba tendría lugar hoy, en la capital de mi país, pero que, por designio de la Providencia, no había de realizarse. ¡Ah! cuán inseguras son las expectativas humanas! ¡Quién habría podido anunciar que esa esperada ceremonia sería substituida por los fúnebres oficios del último domingo! Con razón se ha dicho que el hombre propone y Dios dispone.

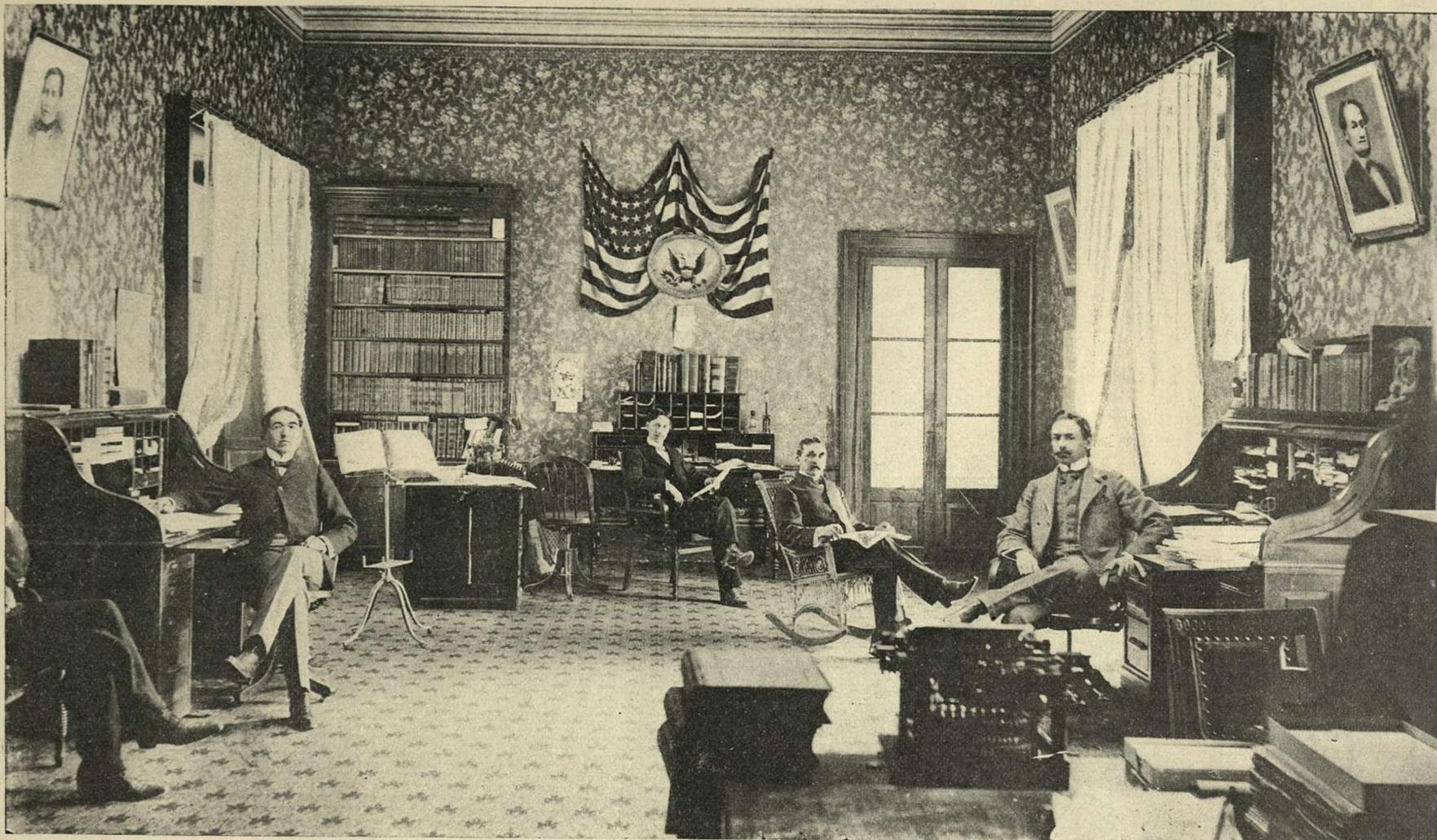
Es un hecho que el Sr. Don Matías Romero fué en sumo grado empeñoso y fiel servidor de su país, y creo firmemente que sirve á Dios mejor quien mejor sirve á su patria. De aquí es que la muerte, ese agosto ministro, cuando penetró en la cámara de aquel patriota, no entró como enemigo sino como un amigo que fué á cortar las ligaduras que lo ataban á la tierra, y lo condujo á la presencia del Eterno Regulador que le preparaba recepción, al lado de la cual resultan insignificantes todas las ceremonias del mundo.

Ya antes he tenido la honra de transmitir á Vuestra Excelencia la profunda pena y simpatía que el Presidente y el Gobierno de los Estados Unidos experimentan con motivo de vuestro duelo nacional. Permittedme expresar mi personal sentimiento y tomar alguna parte en vuestro dolor, porque aquel cuya pérdida lamentan dos naciones, fué también mi amigo.

#### LA RECEPCION.

Veinte minutos antes de las doce del día señalado para la recepción del General Clayton, llegó á la residencia del nuevo Embajador la escolta que debía conducirlo y con ella dos carruajes de la presidencia y uno del Sr. General Díaz. El introduccion de embajadores, Sr. Ramón Pacheco, elegantemente uniformado, acompañó desde la oficina de la Embajada al General Clayton, ocupando con él uno de los coches que esperaban á la puerta; detrás venían el Sr. Fenton R. McCreery, primer Secretario de la Embajada, el Mayor Wm.

## CANCELLERIA DE LA EMBAJADA DE LOS ESTADOS UNIDOS.



Lautaro Roca, intérprete. P. M. Hoefele, Secretario Particular del Embajador. Hon. William Heimke, segundo Secretario. Hon. Fenton R. McCreery, primer Secretario. [Fot. de «El Mundo.»]

Heimke, segundo Secretario y el Teniente Powell Clayton, attaché militar.

El General Clayton vestía uniforme de Brigadier de los Estados Unidos, con las condecoraciones del Gran Ejército y cruz de primera clase de la Legión de Honor. Los dos Secretarios vestían traje de etiqueta y el attaché el uniforme de su grado: tanto el primer secretario como el teniente Clayton ostentaban la condecoración de la Legión de Honor.

La escolta partió á galope y con ella los coches de la comitiva, llegando á Palacio justamente cuando el reloj daba las doce. En el patio del Ministerio de Relaciones el batallón de zapadores formaba valla y al llegar el Embajador los soldados presentaron armas y la banda tocó el Himno Nacional. Como se vé, estos honores militares son los que corresponden al Presidente de la República, y por lo tanto, á un Embajador extranjero.

Como es costumbre en estos casos, el Señor Presidente esperaba de pié bajo el dosel del Salón de Embajadores, rodeado de sus Ministros y ante un público numeroso que limitaba una valla formada de Jefes distinguidos del ejército, y de los oficiales francos de la guarnición. También estaban presentes y ocuparon lugar distinguido las damas de la Embajada á quienes acompañó el Señor Capitán Díaz.

El Señor General Díaz vestía de negro, cruzábale diagonalmente el pecho la banda tricolor y sólo tenía una condecoración, la más valiosa para un veterano de la República, la Cruz de Constancia.

Al penetrar al salón el General Clayton hizo profunda reverencia que fué correspondida por otra del Jefe del Estado: á la mitad del trayecto que debía recorrer para llegar á la plataforma inclinóse de nuevo y por tercera vez cuando llegó á las gradas. Entonces se detuvo y cuando el Señor Secretario de Relaciones le hizo una indicación invitándolo á que subiese, lo hizo y con él subieron sus acompañantes.

Leídos los discursos y entregadas al Señor Presidente las credenciales y por él al Señor Secretario de Relaciones, el Embajador Clayton fué invitado para que tomara asiento á la derecha del Señor General Díaz.

Después de breve conversación retiróse acompañado del Gobernador de Palacio y del introductor de Embajadores, haciendo tres reverencias como al entrar al salón.

Los honores que se le hicieron al salir fueron iguales á los de su arribo á Palacio, de donde partió escoltado según hemos dicho, por cuarenta ginetes de la Gendarmería del Ejército.

#### EL EXMO GENERAL POWELL CLAYTON.

Una vez acreditado como Embajador, le correspondió al representante de los Estados Unidos el tratamiento de Excelencia y así debe designarse, según la etiqueta que prescribe el Derecho Diplomático.

El General Powell Clayton nació en Pensylvania, el año de 1833.

Recibió una educación científica completa y después de obtener el título de ingeniero civil, se estableció en Loavonurth, Estado de Kansas, el año de 1855.

El año de 1857 fué nombrado ingeniero de esa ciudad y desempeñó su empleo hasta que se inició la guerra separatista. Entonces, el actual embajador de los Estados Unidos, organizó una compañía, con la que se incorporó al 1.º Regimiento de voluntarios de Kansas, obteniendo el grado de Capitán.

Durante la guerra fué ganando sucesivamente los grados de Capitán, Teniente Coronel y Brigadier general.

Al principio de su carrera militar sirvió en la infantería y luego pasó á la caballería.

Al concluir la guerra, el General Clayton se casó y compró una gran hacienda en el Condado de Jefferson, Estado de Arkansas, dedicándose á la agricultura hasta el año de 1868, en que fué elegido para el puesto de Gobernador de Arkansas.

Al terminar el período de su gobierno, pasó al Senado de los Estados Unidos, y cuando expiró el término de su mandato, fijó su residencia en Little-Rock.

En 1882 se trasladó con su familia á Eureka Springs para construir el ferrocarril "Eureka Springs," de cuya Compañía fué Presidente y Director, hasta que recibió el nombramiento de Ministro de los Estados Unidos en México.

#### EN LA EMBAJADA.

La casa que ocupa la Embajada de los Estados Unidos, está en la Avenida de Buenavista.

La sala de la cancellería es una pieza amplia y elegante con vistas al jardín del frente de la casa.

En las cabeceras hay banderas y escudos de los Estados Unidos y en los muros laterales, uno frente á otro, dos retratos: de Juárez y Lincoln.

Uno de nuestros grabados permite ver la cancellería de la Embajada en día ordinario de trabajo, con el personal ocupado en sus faenas cotidianas.

Halagó sobremanera nuestra amor patrio ver en la mesa del Señor General Clayton la obra «México y los Estados Unidos» de DON MATIAS ROMERO.

Abrimos el libro y con gran satisfacción pudimos ver por innumerables señales, que esa obra es objeto de frecuente consulta y que aún después de muerto el SR. ROMERO sigue presidiendo y dando impulso con sus luminosas ideas al movimiento de aproximación y concordia en el progreso, de dos países ocultos, liberales y prósperos.

No bien llegó el Señor General Clayton al edificio de la Embajada después de la ceremonia oficial que se efectuó en Palacio, recibió al representante

de EL MUNDO ILUSTRADO y al que envió EL IMPARCIAL.

El General Clayton es un hombre alto, de porte marcial y muy correcto y distinguido en sus maneras.

Después de haberse retratado con sus Secretarios y demás empleados de la embajada, á solicitud del representante de EL MUNDO ILUSTRADO, pasó á su despacho, en donde tuvo á bien darnos un autógrafo sobre el ilustre LIC. DON MATIAS ROMERO, á quien el General Clayton estimaba y quería grandemente.

En estos momentos en que nuestro país llora la muerte del primer Embajador mexicano en Washington, nos parece oportuno dar á conocer la opinión que del distinguido diplomático y gran estadista de México, tiene el representante de la Nación en donde murió el SR. ROMERO y en donde prestó tantos servicios á la Patria y á la muy noble causa de la fraternidad y buenas relaciones de las dos Repúblicas Hermanas.

\* \* \*

Traducimos el autógrafo del General Clayton.

Dice así:

«Me pide usted una opinión sobre la diplomacia moderna y sobre el Señor Romero como diplomático.

Hela aquí:

«MAQUIAVELO,—hipócrita, artero, mendaz; representante de la diplomacia del siglo XV.

ROMERO,—franco, sincero, leal; modelo admirable del diplomático moderno.

*General Clayton*

#### DE OPORTUNIDAD.

Recordamos á nuestros lectores que el hábil artista Sr. Luis C. Sandoval venderá un álbum de fotografías con los mejores cuadros de la Exposición de Bellas Artes. También venderá fotografías sueltas.

Dirigirse al expendio frente á la Academia de San Carlos y á la Fotografía Nacional (5 de Mayo y Alcaicería núm. 6.)

“CARMEN.”

MEXICO MODERNO.

ESTRENO DEL  
Teatro de la Opera Cómica,  
DE PARIS.

El nuevo Teatro de la Opera Cómica se estrenó con la «Carmen» de Bizet. No pudo haberse hecho mejor elección.

«Carmen» es la pieza más original y más próxima á la obra maestra; desde 1870 no se ha escrito nada mejor en ese género.

Un gran soplo de poesía, ardiente y fresco, ha hecho reverdecer un tronco viejo ya. La pasión, la pasión verdadera, el amor cruel y vencedor ocupan en esta obra el sitio de honor de la galantería convencional, y esto sin abandonar la tradición francesa, meticolosa, fácil y clara.

La interpretación de la obra fué exquisita, y tanto, que las parisienses han visto una «Carmen» completamente nueva. Los uniformes y los trajes, escrupulosamente reconstruídos según la moda de 1847, ya no son en España sino un recuerdo: han desaparecido los dragones amarillos y grises, los húsares rojos y los soldados verdes. El majó de Sevilla ha cambiado su chaqueta de alamares por el terno gris, y las cigarreras sólo conservan de su antiguo traje pintoresco, el mantón de largo fleco, aunque llevan aún como en aquel tiempo, graciosos *compromisos* en la frente y flores rojas en el pelo.

Con esta resurrección del pasado, la nueva «Carmen» de la Opera Cómica, presenta á los espectadores el cielo y el color de Andalucía, la arquitectura dorada por el sol, el arcaísmo suntuoso de las corridas de toros, y los ruidosos placeres populares. Todo ese brillante girón de España andaluza, las callejuelas sevillanas sombreadas por la Giralda, el patio de la taberna del barrio de Triana, la puerta de la plaza de toros, ha sido transportado al teatro de la Plaza Boildieu de Paris.

Mas lo que principalmente ha preocupado al director de la Opera Cómica, en el color gitanesco. De tal manera atavía y presenta á su «Carmen» que el excitismo de esa raza extraña envuelve á la heroína en una atmósfera constante. Llamó de Granada á las bailarinas de «mosca» que hasta entonces no habían salido del barrio del Albaicín.

La banda tocó fandangos y seguidillas, la «cachucha» de ritmos perezosos, la sensual y ligera «mosca»

la «flecha» que es una declaración de amor, la «alegría de la novia», tierna y trágica, en la que hay suspiros de amor y acentos de venganza.

Algunas de estas molodías son recuerdos históricos, como la «Retirada de Santa Fé» que evoca la toma de Granada por los cristianos. Los tailarines finguen vergüenza y miedo y huyen con la espalda encorvada y las piernas trémulas.

Esos bailes y esas canciones son obra de uno ó muchos de los artistas. Cada uno de ellos tiene su personalidad y su momento para presentarse. La reina del coro es Trinidad «la gata»: interpreta todos los ca-

aplaudió y que la admira, juzgándola como la mejor y la más digna de representar un genero artístico fecundo y variado en su desarrollo secular.

Más que compensado está ya el primer fracaso de «Carmen»: hoy todo el mundo latino, los franceses *in capite*, saludan la obra maravillosa de Bizet con hurras de entusiasmo.

Pero la gloria póstuma del maestro llena de melancólica tristeza á sus devotos.

Bizet, apadrinando el estreno de la nueva Opera Cómica; qué apoteosis deslumbrador!...

racteres; ya seria y grave se desliza en actitud hierática de ídolo impassible, ya salta riéndose á carcajadas. El coro la rodea y lanza gritos estridentes, dando palmadas para acentuar la cadencia que se precipita y acaba en una fuga de caballo salvaje.

Hay otra cantatriz que comparte el éxito con «la gata», fingiendo los lamentos de una esclava que llora por la patria. La canción tiene expresiones desesperadas que laceran; pero paulatinamente la melancólica resignación calma sus dolores y el canto acaba como una caricia.

Boabdil debía cantar también, representando el momento de su fuga hacia Málaga, cuando al detenerse en la colina que cierra el horizonte granadino, mira por última vez la espléndida ciudad desde el sitio legendario que se llama todavía «El último suspiro del Moro.»

Los gitanos no son toda España y «Carmen» no agota la fuente de donde salieron el Cid, Don Juan, el Barbero de Sevilla, el Matrimonio de Fígaro, Gil Blas, es decir, toda una literatura, aclimatada en suelo parisiense por obra y milagro del ingenio francés.

«Carmen» es la vida real de un momento histórico y de un rincón de España, con sus costumbres peculiares y el sabor acre del Albaicín y del barrio de Triana. Bizet ha puesto un toque genial á todo esto: la pintura vigorosa y original de un sentimiento eterno, el amor que tortura y mata.

Verdad del corazón humano, de un país y de un tiempo, encantador exotismo y naturalidad perfecta, delicadeza y fuerza de ejecución, inspiración tradicional y genial á un tiempo; todo esto hay en la obra, silbada cuando apareció por primera vez ante un público que después la



CASA DEE SR. LIC. D. JOSE IVES LIMANTOUR, EN LA AVENIDA JUAREZ.



CASA DEL SR. ACEVO, EN EL PASEO DE LA REFORMA.



CASA DE LA SRA. PETRA BANCEL DE MENDEZ, ESQUINA DE ROSALES Y PUENTE DE ALVARADO.

# MI SÁTIRO.

(SENSACIONES DE VIAJE.)

(Lago de Lecco. — Maggianico.)

El jardín prende sus lujurias en las primeras rocas de la montaña, abriendo rosas sanguíneas, desgajando azahares blancos, encorvando frondas verdes, haciendo trepar—como un anhelo—enredaderas prolficas, y desplegando—como abanicos estivales—perezosos ramajes doblegados. . . . Al pié del jardín se tuerce y palpita, como encaje de friolentas espumas, la orilla azulada del lago; las nubes rebujan con sus vaporosas clámides la crestería de la montaña, y se arrastran, con indolente lentitud, entre las grietas y los barrancos; y sólo los picachos más altos, heridos de lleno por las llamas solares, alzan límpidas al espacio, como lanzas de combate, sus agujas de granito y de hielo.

En una quiebra sombría, donde la vegetación, al peso de la exhuberancia, se enarca en tupida bóveda, iérguese, como altar en su santuario, una columna de piedra porosa, rematada por la cabeza de un sátiro, al borde de la fuente colmada de castas aguas. . . .

Qué bello sátiro! refleja en el diáfano capelo, entre pedazos de cielo y mallas de hojas, su cabeza de efebo, llena de blondas volutas, donde las Gracias, jugando, trenzaron una rama de vid. Apenas se advierten en su frente los pequeños cuernos, estigma de una raza lasciva; su rostro está limpio de las irritantes asperezas de la barba; su boca sonriente tiene la fresca voluptuosidad de una granada que convida jugos de miel, y en sus ojos no hay desvergonzadas malicias ni ardientes reverberaciones, sino albos opulentos de juventud y reveladores ortos de amor. Así de bello me figuro á Anacreonte en la adolescencia, cuando comenzaba á rimar sus primeros versos, incitantes como los cadenciosos flancos de las hetairas. . . .

El sátiro, á quien la sabia antigüedad dió los atributos de un cabrío insolente, acosado de apetitos caniculares que lo hacen bramar, no es otra cosa que el símbolo del deseo amoroso, encendiendo fiebres en la



carne púbera. Todos tenemos en el cuerpo nuestro sátiro; todos acechamos en los paraísos á las desnudeces; que tiemblan con la ansiedad de encontrar una

serpiente de alas fulgurantes que les ofrezca manzanas á oro, y á las virginidades que provocan en las linfas de Narciso para que las abrace y las bese y las refresque. . . . . Unos están poseídos del sátiro primitivo, brutal, ébrio de pámpanos, que estampa el triángulo de su pezuña, señalando desesperadas correrías en todas las veredas de los huertos prohibidos; otros llevan al sátiro infame—ay! tú lo llevaste también, dulce Virgilio!—que acaricia á jóvenes insexuados en los fálicos banquetes donde Horacio y Ovidio desdénaron más de una vez á la rubia Afrodita por el mórbido Apolo; y los sanos, los elegidos, sólo obedecemos al sátiro Anacreóntico, que besa sin romper con los dientes las curvas divinas y que con los éxtasis de amor hace estrofas, á semejanza del Padre Oceáno que empieza á formar sus sirenas con pérfidas escamas azules y las termina con espumantessenos rumorosos. . . . .

Un sueño esfumó mi pensamiento. . . . . Y ví surgir—no sé si de mi libro de bucólicos griegos, de la realidad ó de mi locura—una forma de mujer que caminaba, como blardo ritmo, bajo los arcos frondosos de los árboles, entre las filtraciones calientes del sol y las redes frescas de las hojas, atando y desatando ilusiones. . . . . Era la enamorada de las flautas pastoriles, hecha de rosas y de leche, llevando en las pupilas las violetas del mar y en la cabellera las hebras de oro de los colmenares. . . . . La ví acercarse á la fuente; abrazó la columna de piedra porosa, y entre cerrando los ojos, estampó un beso—vibrante de músicas de amor—en los labios venturosos del sonriente sátiro. . . . .

Y al sonido de ese beso brotó en mi alma una poesía desconocida, una poesía divina, formada con todas las pulsaciones de gloria de la sangre virgen! Maggianico.

JESUS URUETA.

## NOCHE DE REYES.



EL artesonado techo, cuelga la lámpara de cristal opaco, que difunde una luz mortecina sobre las paredes régiamente tapizadas de la alcoba.

Allí, al fondo, oculto entre cortinajes de surah crema, se halla el lecho, el pequeñito y blando lecho del bebé, del bebé rubio que agoniza, del bebe pálido que muere.

Pobrecito! cada vez es más fatigosa su respiración; el croup avanza con increíble y abrumadora rapidez, el croup—esa enfermedad repugnante y perversa que se ceba en vidas jóvenes, en vidas castas, en vidas inocentes,—ha encontrado ancho campo en esa garganta enferma que débilmente exhala gritos inarticulados de angustia.

El croup es muy malo, es el enemigo de los niños.

A los piés de la camita, yace de rodillas una mujer llorando; á la cabecera, un hombre de edad proveccta, medita, el silencio se impone y tan sólo es interrumpido por la respiración fatigosa del bebé rubio, por el grito inarticulado que se escapa de la garganta enferma del niño escuálido.

La muerte—la descarnada, la cruel—ha traspuesto, entrando de puntillas, el umbral de esa alcoba donde ayer se respiraba el sano ambiente de la felicidad.

El bebé se asfixia.

Oh tú, muerte, la de las amargas ironías, perdona á esa víctima y llévate á los viejos, á los inútiles, á los malos, no te llesves á los niños inocentes y buenos, no te llesves á ese pobre niño.

La mujer, la madre, engolfa su rostro en las arrugadas sábanas del lecho, el hombre, pulsa al enfermito con aparente calma y un gesto de dolor se dibuja sobre su faz sombríamente desesperada; es el médico.

El tiempo corre y el mal se desarrolla velozmente; el niño abre los labios secos, los labios un tiempo color de rosa y hoy color de cirio, los abre, para aspirar de un golpe el aire, todo el aire que falta á sus pulmones y que se detiene en la tráquea. . . . . sufre mucho!

Por fin, una convulsión horrible sacude su cuerpecillo flaco, de su pecho se escapa un grito más agudo,

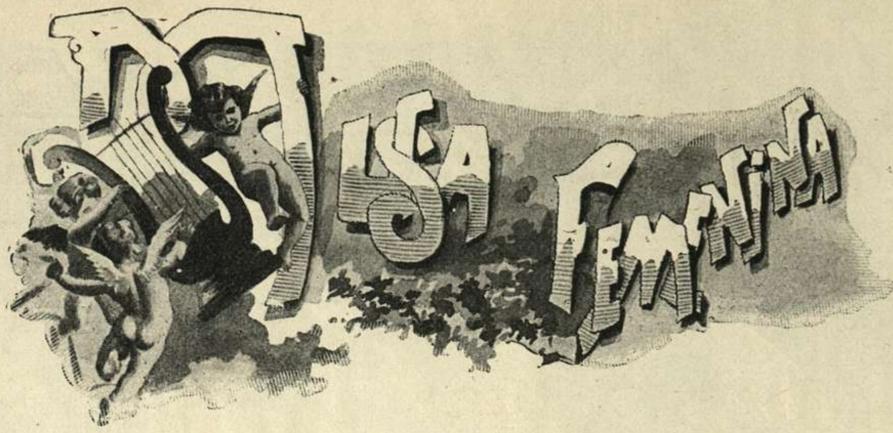
más angustioso, sus pupilas ya idas, se abren desmesuradamente, levanta los bracitos al cielo como implorando piedad al buen Dios que nunca desampara á los niños, y la pobre madre rompe en copioso llanto, y el médico impotente se mesa los cabellos. . . . . qué escena aquella!

Y es la noche de los Reyes Magos, la memorable en que los niños todos colocan el zapatito diminuto en el alfeizar de las ventanas. Una súbita inspiración—rayo de luz postrero—ilumina el cerebro trastornado de la aflijida madre, se levanta maquinalmente, toma una botita de su bebé, abre nerviosamente el balcón y allí la coloca, después se arrodilla al acaso y reza, reza á los Reyes Magos en silencio. . . . .

Ha sonado la media noche, por el balcón abierto penetra una helada ráfaga que mata la tenue luz de la lámpara, reina profunda oscuridad y á un tiempo mismo, inopinadamente, se ven bajar de lo alto del artesonado techo, tres majestuosos varones de rica vestidura que tocan con sus manos frías las frentes de la madre y el hijo. . . . . después, cuando la visión desaparece, dos llamas azules, íntimamente enlazadas salen en raudo giro á través del balcón abierto, donde yace, coronado de escarcha, el zapatito del bebé. . . . .

ENRIQUE TORRES TORIJA

1899.



Llueve tanto! Las gotas diamantinas se atropellan y se entrechocan en el espacio, cantando una balada monótona y arrulladora. Son las lágrimas de la naturaleza que llora la pérdida de su juventud y de sus galas. No escucháis cómo palpita entre los susurros del bosque la nota doliente de un sollozo? ¡Oíd cuántos lamentos flotan confundidos en los murmullos de la tarde! Son los gemidos del Otoño que se acerca, son los ayes de las flores que agonizan y las despedidas de las aves que se van!.....

Un aleteo siniestro se cierne sobre el mundo, las frondas palidecen porque ya van haciéndose muy frías las caricias de su amado que, perezoso y soñoliento, se pasa muchas horas arrebujado entre edredones de nubes.

¡Hasta las estrellas se han entristecido! Ya no brillan radiosas como en noches felices; tienen frío y se cubren con crespones de neblina.

Y las almas!... ¡ay! también están más tristes y gimen más que nunca, desesperadas por el naufragio de sus quimeras adoradas, de sus blancos ideales; lloran sin consuelo por alguna ilusión suprema, por algún anhelo imposible acariciado en la misteriosa vaguedad de un ensueño.....

Solamente los colosos de granito se yerguen en lontananza, inmóviles, indiferentes al duelo universal, cubiertos con su nevado sudario. Y vendrá el cierzo helado asolando las campiñas; enmudecerán los rumores del lago y no habrá piraguas ni cantilenas; las almas seguirán sollozando inconsolables, y ellos estarán allá, siempre soberbios, siempre impasibles, envueltos en su mortaja de nieve.

CHRISANTEMA.

## INVERNAL.

¡No te duermas! El viento de Diciembre no rozará con su ala tu frente soñadora y pensativa; ya cerré la ventana.

¡Si vieras cuántas hojas moribundas y nieve amontonada hay en el llano! y cuántos copos caen, y cuánta niebla entre las frondas vaga....!

Mas el cierzo y la niebla no penetran al tibio pecho de las aves que aman, ¿dices que hay nieve hasta en los blandos nidos? ¡pero eso es en los nidos, no en las almas!

Y la obscura cortina es tan espesa, y es la alfombra tan suave y afelpada, que á nuestro nido penetrar no puede ni el frío ni la escarcha.

¡No te duermas! tan sólo en los cristales bate el viento y murmura cuando pasa no rozará tu frente pensativa: ya cerré la ventana.

No pienses en los árboles del bosque desnudos de sus ramas; ni en los nidos que ruedan por el suelo, ni en las fuentes de ondas congeladas,

Donde los peces de colores mueren en el silencio de su linfa helada, y donde están sepultas tantas flores de loto deshojadas.....

No pienses en los pobres caminantes que en pos de una esperanza, atraviesan los páramos inmensos con paso vacilante y yerta planta.

Yo no quiero que pienses cosas tristes: yo no quiero que veles tu mirada para hundirte en sombríos pensamientos y en tristezas amargas.....

Cuando me muera... entonces piensa mucho al derramar tus lágrimas, en los nidos sin cantos y sin aves que ruedan por el suelo entre la escarcha, y en las aves ya muertas que están en el granizo sepultadas..... Entonces piensa mucho en las tumbas muy blancas.....

Llega hasta donde esté la que me guarde, escondida entre nieve amontonada..... apartando el granizo, lee mi nombre de letras ya borradas,

escríbelo de nuevo allí en la losa rezándome á la vez una plegaria, y al poner en la cruz algunas flores, ¡riega sobre mi tumba muchas lágrimas!

Pero ahora... no pienses cosas tristes, yo no quiero que veles tu mirada para hundirte en sombríos pensamientos y en tristezas amargas.....

No te duermas! tan sólo en los cristales bate el viento y murmura cuando pasa; la nieve se amontona junto al nido; mas no llega jamás á donde se ama.

¡No te duermas! El viento de Diciembre, con sus ásperas alas, no rozará tu frente pensativa: ¡ya cerré la ventana!

MARIA ENRIQUETA.



A las doce de la noche, por las puertas de la gloria y al fulgor de perla y oro de una luz extra terrestre, sale en hombros de cuatro ángeles, y en su silla gestatoria San Silvestre.

Más hermoso que un rey mago, lleva puesta la tiara, de que son bellos diamantes Sirio, Arturo y Orión; y el anillo de su diestra, hecho cual si fuese para Salomón.

Sus piés cubren los joyeles de la Osa adamantina, y su capa raras piedras de una ilustre Visapur; y colgada sobre el pecho resplandece la divina Cruz del Sur.

Va el pontífice hacia Oriente ¿va á encontrar el aureo barco, donde al brillo de la aurora viene en triunfo el rey Enero? ya la aljaba de Diciembre se fué toda por el arco del Arquero.

A la orilla del abismo misterioso de lo Eterno el inmenso Sagitario no se cansa de flechar; le sustenta el frío Polo, le corona el blanco Invierno, y le cubre los riñones el vellón azul del mar.

Cada flecha que dispara, cada flecha es una hora, doce aljabas, cada año, para él trae el Rey Enero; en la sombra se destaca la figura vencedora del Arquero.

Al redor de la figura del gigante, se oye el vuelo misterioso y fugitivo de las almas que se van, y el ruido con que pasa por la bóveda del cielo con sus alas membranosas el murciélago Satan.

San Silvestre bajo el palio de un zodiaco de virtudes, del celeste Vaticano se detiene en los umbrales mientras himnos y motetes canta un coro de laudes inmortales.

Reza el Santo y pontifica, y al mirar que viene el barco donde en triunfo llega Enero, ante Dios bendice al mundo, y su brazo abarca el arco y el Arquero..

RUBEN DARIO.

(Prosas Profanas.)



# GENOVEVA.

## DE UN DIARIO FEMENINO.



A pesar de su fino y grácil talle, mi hijita tiene once años solamente. Mi amor propio maternal no me impide reconocer que su fisonomía es de una regularidad demasiado insípida, demasiado bonita, como las de esas muñecas que vemos en los periódicos de modas. Felizmente, á los rasgos míos une los ojos de Pablo, esos ojos oscuros, sombríos, soñadores y á la vez tiernos y ardientes. Con estos ojos animando su carita de figurín que yo la dí, espero que será más bonita que yo.

Su carácter y sus maneras, como su fisonomía, tienen tanto de Pablo como de mí.

Aparentemente es tranquila y soñadora como yo, pero sus explosiones de cólera y las rabietas que hace por nonadas insignificantes, son herencia de su papá.

Se entrega con apasionamiento lo mismo á un juego que al cariño de una amiguita y todo lo abandona con la misma ligereza con que lo acogiera; también por aquí veo á mi marido....

En cambio tengo miedo de que este hacecillo de nervios haya heredado de su madre la capacidad para amar y sufrir que tanto me ha atormentado.

Como es natural, Genoveva es mi verdadera alegría en la vida, mi débil pero seguro apoyo y mi tranquilo y consolador refugio cuando me hieren muy rudamente las miserias morales á que no puedo habituarme....

Indudablemente la quiero más que á mi marido, y cuando estoy con ella á solas y entregada á sus caricias, me parece que es ella mi único amor en la vida.

Por su parte ella no me quiere, me adora con tan exaltada, y sobre todo, tan celosa pasión, que no me es dado separarme de ella durante algunas horas sin hallarla á mi vuelta, hosca, encolerizada, casi fastidiosa. En semejantes casos, para tranquilizar sus pobres nervicillos excitados y casi próximos á estallar, tengo que tomarla en brazos y entre arrullos y besos, colmarla de mimos y reconquistar su confianza. Esto acaba con crisis de ternura y explosiones de locas caricias que me dan miedo.... mucho miedo, porque cuando no sea su madre quien las provoque ¿cómo acabarán....?

Querida muñeca de once años, pobre mujercita de mañana que llevas ya en tu almita inocente y pueril la dura carga hereditaria de tus padres demasiado civilizados....

A veces me dice:

—Tú estás triste ahora, mamá. Si nos fuéramos...

—¿Irnos? Adonde, queridita?

—No sé. Podríamos buscar en el mapa.... Escogeríamos una ciudad junto á un lago y allí nos iríamos tú y yo....

—¿Qué no te diviertes aquí?

—No; ya lo ví todo.

—Tú viste ya todo lo que hay en París, que es tan grande?

—Todo, no; pero cuando veo una calle que no había visto antes, me parece igual á las otras. Las gentes también son iguales todas y las tiendas, los coches, también. Por eso quisiera yo irme lejos, muy lejos....

Nada es tan divertido y al mismo tiempo tan hondamente triste, como el aire desencantado con que esta minúscula personilla dice todo esto, acompañándolo con una muequecita que proclama el hastío que le causa la banalidad de lo visto que, según ella, es ya todo, todo....

Y cuántas veces yo también he pensado en lo que ella piensa! Únicamente que no siendo yo una imaginativa nerviosa como ella, no he buscado en el atlas la ciudad soñada junto al lago, porque de la vida es imposible huir y olvidarla junto á ningún lago....

—Y papá, le digo yo, por supuesto que nos lo llevaremos: verdad?

Pero ella me contesta muy seria:

—Papá no querrá ir; le gusta más estar aquí.

Y después de un momento de reflexión, añade:

—Además, cuando se fastidie él en París como nosotras, irá á buscarnos....

Y yo no puedo dejar de pagarle esta profecía con un beso, porque yo también espero hace mucho tiempo

con impaciencia el momento en que Pablo se fastidie y venga á buscarme....

Y en realidad, la vida tiene ya prematuras crueldades para mi hijita. ¡Ya! Qué amarga palabra!

Genoveva no puede acostumbrarse al egoísmo y á la inconstancia de la humanidad.

Y como en el mundo infantil no hay más ni menos egoísmo que en el de las gentes grandes, con la única diferencia de que se le disimula menos y tiene otros móviles, mi pobre muñeca no ha podido hallar un corazón á la medida del suyo aparte del de su madre.

—Sabes, mamá? me dice.

—No, queridita; díme.

—Julieta Ducourt....

Es una prima hermana de Genoveva de doce años á lo más, pero muy precoz.

—Y bien, qué es lo que ha hecho Julieta?

—No es una muchacha honrada.

La labor se me cae de las manos y un estremecimiento me sacude el corazón. Por qué camino estas palabras y esta idea: «no es muchacha honrada» entraron en el alma de mi hija? Qué cosa significan y cuánto alcanzan para ella aplicadas á otra muñeca no mucho mayor de edad?

—¿Qué quieres decir con eso, encanto mío?

—Julieta.... pero no se lo contarás á nadie?

—Pierde cuidado. Veamos....

—Pues en casa de la tía, el sábado se ha dejado abrazar por el primo d'Espilly y luego por Zoto Dazon y luego....

—Pero eso no tiene nada de particular, no te abrazan á tí también tus primos?

—Después.... querían también abrazarme.... pero no quise y Julieta me pegó.

—Y por qué no quisiste que te abrazaran? Sin contestarme y muy encendida se esconde en mis brazos y apenas la oigo que murmura:

—No sé....

Ya no me dirá más por nada, pero yo sí sé por desgracia que algo duro rozó su corazón tan delicado.

Es que está celosa de Julieta, á quien quiere mucho, ó de alguno de los rapazuelos abrazadores: es que sufrió un horrible tormento que para ella todavía no tiene nombre, y que yo no se lo diré aunque lo sé demasiado....

Pobre chiquilla! Dotada para amar mucho, está fatalmente en vía de sufrir mucho por el amor y por él llora ya!

Pablo es un padre sorprendente. Tiene accesos de indiferencia y olvido, especialmente cuando está en crisis con alguna de esas nuevas aventuras que para él constituyen el fondo de su vida. En tales momentos se olvida hasta de que existimos su hija y yo. Después, cuando le vuelve la calma, lo conozco en que comienza á informarse con cierto interés tímido y como vergonzoso, de los progresos y de la salud de Genoveva.

Entonces parece como que quiere acallar sus remordimientos con bruscos transportes de amor paternal.

De pronto se presenta, como ayer lo hizo, con un verdadero convoy de mensajeros, cargados de juguetes, libros, golosinas y adornos para Genoveva.

—He comprado esto para la chiquita.... Querida niña! Es necesario distraerla....

Genoveva se lo agradece? Quién sabe! Cuando estamos á solas y nos ponemos á examinar los obsequios de su papá, veo demasiado bien en su airecillo serio, que no está del todo satisfecha. Nada le pregunto, ni ella me dice nada y más vale así: me apenaría una explicación sobre este punto.

Genoveva, tan sensible á las menores manifestacio-



mes deternura y maravillosamente dotada de un poder intuitivo para aquilatar su valor, comprende, mejor dicho, siente que estos costosos juguetes no tienen alma! Adivina, como yo, la parada de cinco minutos en el almacén del boulevard, entre una cita de negocios y otra... también de negocios, para decirle apresuradamente al encargado de expedir los pedidos á domicilio:

Todo lo que tengan de nuevo para una chiquilla de doce años... llévenlo á casa... he aquí mi tarjeta...

Nada expresa mejor que estos regalos fríos, sin gusto y costosos, la ignorancia en que vive Pablo de los gustos y del carácter de su hija. Frecuentemente recibe Geneveva dos veces el mismo libro ó el mismo juguete. Su pobre corazoncito interpreta con lamentable lucidez la significación de estos duplicados; y casi siempre después de haber inspeccionado la muestra de la generosidad de Pablo, me dice entre dosbesos:

—Mamita, quisiera que tú me dieras alguna cosita... una nadita... que tu me escogieras, cualquiera... ¿Quieres?

Pero cuando me admira Pablo es en las ocasiones, á la verdad raras, en que sus remordimientos lo impulsan á ocuparse personalmente y con gran alarde de solicitud, en la educación de la niña. Entonces me dice con el aire más formal y dogmático.

—Cecilia, llama á la chiquita. Quiero darme cuenta... saber cómo anda.

Y viene Geneveva acompañada de Miss Betsy, la institutriz.

—Está usted contenta con la niña, Miss Betsy?

—Oh, es una buena niña... un poco distraída...

—Es necesario no distraerse, Geneveva y ser, muy cuidadosa, sobre todo, dedicarse á hacer una cosa y ésta exclusivamente,

Este es el caso de Pablo que, verdaderamente, se dedica á hacer una cosa y la hace exclusivamente, pero... no constantemente...

—Sí, papá.

—Cómo va el inglés?

—Lo habla corrientemente, dice la inglesa.

—Y la geografía? Estamos fuertes? Veamos las subprefecturas. El departamento del Norte



Geneveva responde sin vacilar y lo mismo de otros, pero hay uno que no recuerda.

—De éste no sé, papá.

—Cómo, no sabes! ¿Es posible?

—No papá, se me escapa siempre, si tú me dijeras algo... me acordaría quizá de lo demás...

Pablo hace un esfuerzo sincero por acordarse, luego me ve como si yo tuviese en los ojos escrita la geografía del dichoso departamento; Geneveva espera, Miss Betsy sonríe y yo tengo que volverme para ocultar la risa que se me escapa. Por fin Pablo estalla.

—No es mi deber recitar tus lecciones; tú no sabes geografía!

Geneveva se avergüenza y va á llorar; él la abraza.

—Vamos, no llores, no estás tan mal; veamos ¿qué otras cosas has aprendido en estos días?

—«El Sueño de Atala.» dice Geneveva con la carita iluminada por una sonrisa de placer que contrasta deliciosamente con el brillo de sus ojos en los que todavía tiembla alguna lágrima.

Desde hace muchos días, Geneveva se tenía muy bien sabido ese trozo con objeto de recitárselo á su papá, sin haber podido hallar ocasión de realizar su deseo.

—Muy bien, recítame el Sueño de Atala, dice Pablo.

Y se arrellenaba en su silla sin poder disimular cierto temor de fastidiarse que se le sale á la cara. Apenas ha podido decir la niña los dos ó tres primeros versos, con su vocecita grave y pura, aunque ligeramente velada por la emoción, cuando Pablo salta.

—Demonio, las tres menos cuarto; estoy retardado.

—Tienes cita? le pregunto tranquilamente.

—Sí... una reunión del comité de... muy importante, indispensable... á las tres en punto; ya no llego á tiempo. Vaya, hasta la noche, querida. Y con el extremo de un dedo roza mis mejillas que se conservan aún tan frescas, aunque un poquillo pálidas por la ligera emoción que no puedo todavía dejar de sentir en estas ocasiones.

—Hasta la noche, Geneveva; tu fábula está muy bien... todo está muy bien, Mis Betsy!... te voy á mandar un premio ahora... cuida los departamentos y esa distracción... Estoy muy satisfecho, Miss. Va-ya, hasta luego. Y la puerta que se cierra tras él, le

impide ver que Miss Betsy, Geneveva y yo, nos quedamos muy solas aunque juntas, y en la más triste de las soledades, porque las tres tenemos el corazón muy oprimido por diversas razones y tenemos que mirarnos sonriendo, hasta que yo, arrancando á mi deber una sonrisa más, digo animosamente:

—Vaya, señorita distraída, á aprenderse esas subprefecturas, que te espero para ir de paseo.

MARCEL PREVOST.

## MOSAICOS VIEJOS.

SAVIA ENFERMA.

No más saráos, no más propósitos livianos... trovero, pon crespónes á tu laud, que canta empresas de Solima y amores cortesanos; ¿no ves que pena, triste de muerte nuestra Infanta?

Encubre húmedo velo las luces de sus ojos y en vano el rey su padre requiere con empeños los aúlicos bufones, absurdos como sueños, de caperuzas negras y juboncillos rojos.

La infanta está muy triste... murió su lindo paje, y luego le tendieron en actitud extática con sus chapines verdes su trusa de albo encaje, su gran joyel de gemas de oriente y su dalmática.

Ciféronle á los flancos el espadín de oro, cubrieron su cabeza con el gentil birrete, rodearon de biandones su féretro y en coro cantáronle los frailes un fúnebre motete.

Y la Infantita llora sus muertas ilusiones; tremulan dos luceros enfermos en sus ojos y en vano el rey su padre requiere los bufones de caperuzas negras y juboncillos rojos.

AMADO NERVO.

## DE INVIERNO.

Amo el pálido invierno que en su fúnebre marcha va cortando las rosas luminosas de estío mientras deja en los árboles ya desnudos su escarcha.

Amo el pálido invierno con anhelos exóticos, el invierno que escribe los poemas del frío sobre el límpido mármol de los hielos cloróticos.

Amo el sol moribundo, sin fulgores, que brilla como un cirio en el cielo tristemente hiperboreo, reflejando la llama de su luz amarilla;

y á la casta Selene de mirar taciturno solitaria novicia de semblante marmoreo— que sonrío, en silencio, bajo el palio nocturno.

Acaricia mi espíritu visionario y enfermo la monótona lluvia de los grumos sutiles... amo todo lo triste, lo incoloro, lo yermo.

Porque lloro perdidos mis primeros amores, y en la pompa marchita de mis muertos abries se agitan, torvas aves, mis sañudos dolores.

Guanajuato, 1899.

RAFAEL LOPEZ.



## TODA UNA JUVENTUD.

Por FRANCISCO COPEE

Ilustraciones grabadas en nuestros talleres, especialmente para esta edición.

### Número 2.

Por fin se van, todo está hecho. Al día siguiente, Amadeo, provisto de una cesta en la que la vieja asistenta que huele á tabaco ha puesto una botellita de agua rojiza, unos pocos menudillos de vaca y dos tortas de dulce, se presenta en el Colegio Batifol, para ser preparado sin retardo á las lecciones de *alma parens*.

El hipopótamo vestido de paño negro, sin quitarse otra vez el gorro,—con gran disgusto del niño, que quisiera asegurarse de si el cráneo de M. Batifol está marcado como el globo terráqueo por los grados de latitud y longitud,—conduce inmediatamente á su alumno á la clase novena preparatoria y le presenta al maestro.

—He aquí un nuevo externo, M. Tavernier... Usted verá cómo se encuentra para la lectura y escritura ¿no es eso?

M. Tavernier, que es un joven alto y amarillento, uno de tantos bachilleres, que á estar hoy día, como estuvo su difunto padre, sargento de gendarmería, en un lindo rincón de hierbas y manzanos de Normandía, no tendría quizá ese rostro de papel de estraza, ni se hallaría vestido á las ocho de la mañana con una levita negra de género de esas que suelen verse colgadas en la Morgue.

M. Tavernier acoge *al nuevo* con una tenue sonrisa que desaparece tan pronto como M. Batifol se marcha.

—Vaya usted á colocarse en aquel sitio desocupado en la grada tercera,—dice M. Tavernier en un tono lleno de indiferencia.

Sin embargo, se digna conducir á Amadeo al sitio designado. El vecino del pequeño Violette, uno de los futuros ciudadanos que se preparan para la vida social,—algunos de ellos tienen todavía calzones abiertos por detrás,—ha cometido la falta de llevar á clase un puñado de anzuelos, esperando divertirse antes de la hora del asueto. Cuando Amadeo se sienta á su lado, el travieso le dice al oído, señalando á M. Tavernier.

—Ya verás qué cara de perro pone cuando el peón, enganchado en el anzuelo suba hasta su mesa.

El maestro golpea con una regla en un brazo del sillón é impone silencio. Luego manda al alumno Godard que recite su lección.

Godard, un gordínflón de ojos mortecinos, se levanta automáticamente. De una sola tirada, sin tomar aliento, como un canalón que corre, recita *El lobo y el carnero*, y el texto de La Fontaine se desliza con loca rapidez como el hilo de una máquina de vapor.

«Siempre es la mejor la razón del más fuerte. Vamos á demostrarlo. Un cordero apagaba la sed en la corriente de una onda pura».....

De repente el alumno Godard se turba, titubea: la máquina está mal encebada, ó hay algún cuerpo extraño que obstruye su marcha.

«En la corriente de una onda pura... en la corriente de una onda pura».....

Luego se calla bruscamente: la máquina se ha parado..... El alumno Godard no sabe su lección: es coudenado á no moverse de debajo del plátano en la hora de asuete.

Después del alumno Godard, le toca el turno al alumno Grosdidier, y luego al alumno Blanc, al alumno Moreau (Gustavo), al alumno Moreau (Ernesto), al alumno Malapeat, y á otro y otro y otro; y todos recitan maquinalmente con la misma volubilidad, con la misma voz de falsete la cruel y admirable fábula: y esto es pesado y monótono como una lluvia fina y persistente. Todos los alumnos de la «novena preparatoria» quedarán disgustados para quince años, por lo menos, del más exquisito de los poetas franceses.

Amadeo tiene ganas de llorar: oye con una estupefacción mezclada de espanto á los escolares.

¡Pensar que mañana él tendrá que hacer otro tanto! Nunca podrá. M. Tavernier también le preocupa mucho. Negligentemente sentado en su

silla el apergaminado bachiller, que no carece de pretensiones, á pesar de su levita raída, se limpia cuidadosamente las uñas, y sólo abre la boca de vez en cuando para proferir una amenaza ó imponer un castigo.

¿Y esto es la escuela? Amadeo recuerda las agradables lecciones de lectura que le daba la mayor de las niñas Gerard, la buena Luisa, tan juiciosa y seria á los diez años, cuando le enseñaba las letras de un alfabeto con figuras, con tanta paciencia y dulzura, señalándoselas con la punta de una aguja de hacer calceta. El niño, penetrado desde un principio del abrumador fastidio escolar, mira hacia afuera, por detrás de las vidrieras por donde entra la luz, y ve moverse, sin ruido, las largas hojas dentadas del plátano melancólico.

### III

Transcurrieron un año, dos, tres, sin que ocurriera nada de notable á los inquilinos del quinto piso.

El barrio no había cambiado y conservaba su aspecto de arrabal medio campestre. Acababan de levantar, á dos tiros de fusil de la casa que habitaban los Gerard y los Violette, un gran edificio de cinco pisos, sobre cuyo techo aún se estremecían al viento los ramos marchitos de los albañiles. Pero esto era todo. Enfrente, en un solar en venta, mal cerrado con una empalizada de tablas medio podridas, veíanse siempre manojos de ortigas y una cabra rumiando las hierbas del suelo. En la pared del fondo que cerraba el solar por la que asomaban á fines de Abril lilas silvestres, dejando caer sus penachos perfumados, las llavias todavía no habían borrado la siguiente brutal declaración de amor, escrita con un cuchillo en el yeso: «Quando Melia quiera me tendrá,» firmada «Eugenio.»

Tres años habían transcurrido y Amadeo había crecido un poco.

En aquellos tiempos, un niño nacido en el centro de París,—por ejemplo, en el laberinto de callejuelas infectas que se cruzan en derredor de los mercados,—hubiera podido crecer sin darse cuenta del cambio de estaciones, más que por el estado de la temperatura y por la estrecha banda de cielo que podía ver levantando la cabeza.

Hoy mismo, algunos hijos de pobres,—los pobres no salen de su agujero,—conocen la entrada del invierno por el olor á castañas asadas, la de la primavera, por las ramas del alhelí que adornan el puesto de la frutera, la del verano por el paso de las cubas de riego, y la del otoño por el embalaje de las cestas de ostras á la puerta de los establecimientos públicos. El vasto cielo con sus babélicas arquitecturas de nubes, el oro fundido del sol poniente detrás de los grupos de árboles, el silencio encantador de la claridad de la luna plateando el río; todos estos espectáculos grandiosos y magníficos son buenos para los que habitan los barrios hermosos, ó que van allí alguna vez. El hijo de un trabajador que vive en los alrededores de la calle de las dos Puertas de San Salvador, pasa su infancia jugando en la escalera que huele á plomo, ó en el patio que se asemeja á un pozo, y no se da cuenta de que existe la naturaleza. A lo sumo sospecha que puede haber verdor en alguna parte, cuando el día de Domingo de Ramos ve pasar los caballos de los ómnibus con una ramita de boj cerca de la oreja. Después de todo, ¿qué importa esto si el niño tiene imaginación? El reflejo de una estrella en el arroyo de la calle le revelara la inmensa poesía nocturna, y respirará toda la embriaguez del estío en la rosa aplastada que la modista de al lado ha dejado caer de sus cabellos.

Amadeo tuvo la suerte de nacer en ese delicioso y melancólico distrito de París, que todavía no había sido «haussmanizado» y que se ensanchaba lleno de sitios encantadores y salvajes.

Su padre, el pobre viudo que no se consolaba nunca y que buscaba el medic de desechar su tristeza con largos paseos, dirigíase en las tardes claras hacia los lugares solitarios llevando á su niño de la mano. Seguían los admirables exteriores boulevares de otro tiempo, en los que había olmos gigantescos de la época de Luis XIV, fosos llenos de hierba, empalizadas ruinosas que dejaban ver por su enrejado huertas plantadas de melones cubiertos con campanas de cristal, sobre las cuales reflejaban los rayos oblicuos del sol poniente.

Ambos silenciosos, el padre abismado en sus recuerdos, Amadeo sumido en sus ensueños de niño se iban lejos, muy lejos, y atravesando la Barrera del Infierno, llegaban á esos parajes ignorados, que producían en un habitante de la calle de Montmartre el efecto sentido por un sabio de la Edad media al ver en los viejos *mapamundi* los lugares marcados con estas tenebrosas palabras: *Mare ignotum*. En aquellos desiertos senagosos no había casas, sino granjas de un solo piso. Alguna vez encontrábase una taberna pintada de un rojo vinoso siniestro; ó bien bajo las acacias de una senda que parecía un carril, un figón con toneles de muestra, ó en lo alto de una cuesta algún molino, movido á impulsos del fresco viento de la tarde. La hierba, sin polvo, invadía los caminos y hasta las escasas aceras que había en ciertos sitios. Sobre el remate de las paredes se balanceaban las amapolas: señal de soledad. Así es que á nadie se veía, ó sólo algunas pobres gentes; una buena mujer con gorra de campesina, arrastrando á un chico lloroso, un obrero cargado de herramientas, un inválido retardado, y alguna vez, en medio del camino y envuelto en una bruma polvorienta, un rebaño de carneros flacuchos balando desesperadamente, apresurados por llegar al abrevadero.

El padre y el hijo caminaban en línea recta hasta que la sombra se obscurecía debajo de los árboles. Entonces se volvían azotados por el viento, mientras que á lo lejos, al fin de la avenida, comenzaban á lucir algunos reverberos antiguos, muy separados unos de otros, trágicos faroles del Terror, encendiendo sus ténues estrellas bajo el cielo verde del crepúsculo.

Con estos tristes paseos, con un compañero tan triste como M. Violette, tenían fin los días de Amadeo, comenzados en el fastidioso colegio Batizol. Han de saber ustedes que el alumno estaba en séptimo y sabía ya que «la bondad de Dios» puede tomarse en latín por «bondad divina» *bonitas divina*, y que la palabra *cornu* es indeclinable.

Las largas horas pasadas junto á un pupitre de la clase, ó al lado de un pasante absorto en sus penas, pudieron haber sido fatales para la inteligencia del niño, entorpeciéndola para siempre, si no hubiese tenido á sus buenos amigos los Gerard. Iba á su casa cuantas veces podía: ahora un rato, después otro, y además los jueves todo el día, y sólo entre la familia del grabador, llena de bondad y de alegría, sentíase dulcemente conmovido y absolutamente dichoso.

¡Los buenos Gerard! Figúrense ustedes que además de Luisa y de María, sin contar á Amadeo, considerado como de casa, habían tomado á su cargo un cuarto niño; esto es, una niña llamada Rosina, que tenía justamente la misma edad que su hija menor.

He aquí cómo.

Encima de la habitación de los Gerard, en una de las guardillas del sexto piso, se alojaba un tipógrafo llamado Combarieu, á quien su mujer ó querida (la portera no estaba completamente enterada, ni importaba gran cosa) acababa de abandonar, dejándole una niña de ocho años. No podía esperarse otra cosa de una criatura que, según la portera, daba de comer á su marido y á su hija fiambres de salchichería, para evitarse el trabajo de guisar y que se pasaba todo el día despeinada y ociosa, leyendo novelas y echándose las cartas. Aún más: el hijo del tendero de comestibles, habíala visto una tarde en el baile



Ragache, sentada junto á un bombero, tomando una ensalada con vino á la francesa.

Durante el día Combarieu, aunque republicano rojo, enviaba á su hija á la escuela de las Hermanas; pero el obrero salía todas las noches, con aspecto misterioso y dejaba sola á la niña. La portera murmuraba, bajando la voz todo lo posible, con la admiración romancesca de la gente del pueblo hacia los conspiradores, la terrible frase de «Sociedad secreta», y aseguraba que el tipógrafo tenía un fusil de munición oculto en su jergón.

Estas revelaciones predisponían naturalmente las simpatías del Señor Gerard en favor del vecino. El golpe de Estado y la proclamación del Imperio habíale irritado mucho, pero tuvo el valor amargo de grabar al día siguiente al 2 de Diciembre (antes que todo era dar de comer á la familia) una alegoría bonapartista titulada: *El tío y el sobrino*, en la que veíase á Francia dando la mano á Napoleón I y al príncipe Luis, mientras que una aguililla coronada, cerniéndose sobre el grupo, agitaba las alas, teniendo entre sus garras la cruz de la Legión de Honor.

Un día, el grabador, al encender su pipa, que ya no era la de Abd-el-Kader, sino una *Barbés*, consultó con su mujer si no harían bien en cuidar un poco de la niña del vecino, abandonada.

No se necesitaba mucho para decidir á la excelente mamá Gerard, que más de una vez había dicho: «¡Si eso da lástima...!» cuando veía á la pequeña Rosina esperar por la noche á su padre en la casilla de la portera, dormida en un taburete al lado de una sartén. Trajo á la niña é hizo que jugara con sus hijas. Rosina era muy linda, tenía los ojos vivos, la picaresca nariz parisiense, y la trenza de su cabello color de paja se escapaba por debajo de su gorrita hecha de tres pedazos. Al principio, la picarilla dejaba escapar alguna palabra callejera, como por ejemplo: ¡chulapo! ó ¡recaray! Pero la mamá Gerard la reprendía con severidad diciéndola: «¿Cómo se entiende? ¡Eso no se dice!» Y ella, que era muy lista, se iba corrigiendo.

Un domingo por la mañana, Combarieu, que había sabido las bondades de los Gerard, los visitó para darles las gracias,

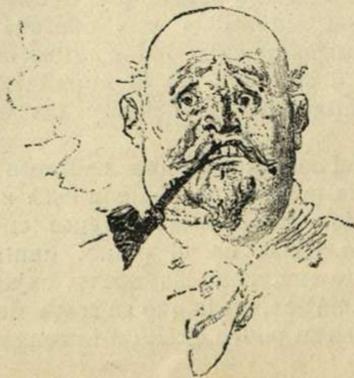
Muy moreno, de tez lívida, con el pelo y la barba muy crecidos, como si tratase de imitar la cabeza de Jesucristo, el obrero vestido con su larga blusa negra de tipógrafo, realizaba perfectamente el tipo del tribuno de club, del «sublime» del obrador. Francmasón probable, borracho de solemnidad, que se embriagaría quizá más de frases gordas revolucionarias que de vinillo, hablaba con voz pesada y presuntuosa, mirando en derredor con sus grandes ojos algo atontados, sumidos en vago éxtasis, y en todo parecía á un apóstol borracho. Inmediatamente inspiró respeto al grabador y el deslumbramiento que los tímidos sienten por los azares. Gerard creyó haber descubierto en Combarieu unos de esos hombres superiores que la injusticia de la suerte ha hecho nacer en el pueblo bajo, en el que la miseria ahoga el genio.

Informado de las preferencias políticas del artista por la chimenea de su pipa Barbés, Combarieu hizo con complacencia su propio elogio.

Confesó que en un principio había sido un necio soñando con la fraternidad universal, Santa Alianza de los pueblos; y que había escrito poesías que imprimió por su cuenta, especialmente una *Oda á Polonia* y una *Epístola á Béranger*, que le habían valido una carta autógrafa del ilustre cancionero. Pero ya no era tan cándido.

Al ver lo que todos hemos visto, las jornadas de Junio y el 2 de Diciembre, no basta hacerse el sentimental. (El señor Gerard, hombre hospitalario, trae una botella de vino blanco y dos vasos, pero Combarieu rehusa diciendo: «No, vecino, dispense usted, no acostumbro á tomar nada entre comidas.») Se ha engañado mucho á los trabajadores, y en la próxima es preciso no dejar á los burgueses ahogar á la República. (El señor Gerard destapa la botella y ofrece un vaso de vino á Combarieu, que le toma diciendo: «Nada más que un traguito, por no desairar á usted.») Entretanto estemos preparados. Precisamente la cuestión de Oriente se embrolla, y proporciona á Bandiguet un negocio peliagudo. «Tiene usted un vinillo que se deja beber.» Si pierde una batalla, se hunde... (Otro vasito. «Usted me hace salir de mis casillas.») Se hunde en absoluto. Pero esta vez abriremos los ojos... Nada de términos medios... Es preciso volver á las grandes medidas del 93; el comité de salud pública, la ley de sospechosos, el tribunal revolucionario: todo el terremoto, y si es necesario la guillotina permanente. («¡A la salud de usted!»)

Tanta energía sublevaba algo al papá Gerard, que, no obstante su Barbés, conservaba cierta tendencia de centro izquierdo. Sin embargo, no se atrevía á protestar, y casi se ponía colorado pensando que el día anterior un editor le había propuesto grabar un retrato de la nueva Emperatriz, muy escotada, enseñando sus famosos hombros, y que él no había rehusado, porque sus hijas estaban descalzas y su mujer casi desnuda.





He aquí por qué el buen grabador, hacía algún tiempo, tenía cuatro hijos: Amadeo, Luisa, María y Rosina Combarieu, dispuestos á meter ruido en la casa; aunque éstos no eran ya unos chicuelos y no volvían á jugar á las «visitas» ni á cazar á la gorra de pelo. Y buena falta hacía, porque todas las sillas cojeaban, dos sillones estaban rotos y al canapé-imperio se le había salido la mitad de su relleno de cerda por las llagas de su forro de terciopelo de Utrecht.

Unicamente no había tregua para el piano: cuanto más desafinado y asmático, más abierto estaba, enseñando por debajo de sus teclas amarillas y desgastadas la marca en otro tiempo famosa de *Sebastián Erard, constructor de pianos y arpas de S. A. R. la señora Duquesa de Berry*. No solamente Luisa, la mayor de las Gerard (¡oh! una joven-cita que ha comulgado dos veces, que se peina artísticamente y usa pañoletas blancas como ya no se usan); no solamente Luisa, que habíase hecho una pianista, hacía sufrir al antiguo instrumento largos suplicios cromáticos, sino que también María y Amadeo golpeaban en él el *Ramillete de baile ó Papá y los barquitos*. Hasta Rosinita que en calidad de niña callejera sabía todas las canciones, se pasaba las horas enteras buscando motivos con un solo dedo.

¡Oh, las canciones de entonces! antigua cola del romanticismo, «Orientales» de pacotilla, «Odas y Balandas» á docenas, «Cuentos de España y de Italia» á granel: no se trataba más que de pajes, torreones, castellanas, toreros, contrabandistas, manolas, lavanderas, seducidas bajo el arco del puente, junto al agua que corre, por un caballero frívolo y engañador, y tantas y tantas simplezas. ¡Oh! ¡Aquellas novelas olvidadas ya, Amadeo las recordará siempre! Aún las evoca con tanta precisión é intensidad, como algunos dulces recuerdos de su infancia. Les hace vivir con el mismo frío ó calor, con el mismo olor que sentía en casa de los Gerard. Si oía alguna canción de arriero español, recordaba al grabador trabajando en su mesa, delante de la ventana sin cortinillas, en un día de invierno, en que nevaba en la calle y se deslizaban gruesos carámbanos por las vidrieras. Pero el cuarto, decorado de cuadros é imágenes, estaba templado por un ardiente fuego de coke. Amadeo se recordaba también á sí propio, sentado en el ángulo de la chimenea, aprendiendo de memoria la página de *Epítome* que debía recitar al día siguiente en el colegio.

María y Rosina, sentadas á sus piés, delante de una caja de cartón llena de perlas de vaso, las engarzan en un hilo para hacerse collares. Se está muy bien. Toda la habitación humea con la pipa del viejo grabador; y al lado, en el comedor, cuya puerta está entreabierta, Luisa con fresca voz canta al piano coplas que aconsonantan «Castilla» con «mantilla» y «andaluz» con «tragaluz», mientras que sus dedos ágiles arrancan al Erard desafinado un acompañamiento que pretende imitar los cascabeles y las castañuelas.

Esto pasa en el comedor en una radiante mañana de Junio: la persiana del balcón está abierta y un moscardón zumba pesadamente encima del tiesto florido, Luisa en el piano, canta, y esta vez pretende encontrar las notas bajas de una canción dramática, en la que se trata de un hijo corso á quien su padre excita á la venganza,

¡Toma mi carabina!

Por ti velará Dios. . . .

Es aquel un gran día: la mamá Gerard hace su dulce de grosella. Hay sobre la mesa una gran fuente llena. ¡Qué olor tan delicioso! El perfume de las rosas se mezcla al del hirviente azúcar. Por esto Rosina y María ¡golosas! entran en la cocina; sólo Luisa, que es una persona formal, no se distrae por tan poca cosa. Sigue cantando, procurando dar notas altas delante de Amadeo, estupefacto de admiración. Ella exclama con acento sombrío: *Hijo, he aquí mi odio, ¿quieres tú la mitad?* Entonces vuelven las enredadoras glotonas, con bigotes de color de rosa, relamiéndose voluptuosamente.

¡Ah! ¡Qué buenas horas para Amadeito!

Ellas le consolaban de los interminables días de fastidio pasados en el colegio de Batifol.

Después de haber hecho su «novena preparatoria» bajo la dirección del indolente M. Tabernier, siempre ocupado en arreglarse las uñas con el minucioso cuidado de un literato chino, el niño había tenido por profesor de octavo á M. Montandeuil, pobre hombre embrutecido por treinta años de oficio, que se entregaba en secreto á la perpetración de tragedias en cinco actos, y que á fuerza de tomar y dejar sus manuscritos en la portería del Odeón, había concluido por casarse con la hija del portero y ser uno de los avisadores del teatro. Después, en séptimo, Amadeo había gemido bajo la tiranía de M. Prudhome, campesino barnizado de latín, de una violencia imbecil, lanzando en plena clase injurias de carretero. Al presente comenzaba su sexto bajo el cuidado de M. Bance, desgraciado joven de veinte años, feo, cojo y locamente tímido, á quien M. Batifol reprochaba severamente el no hacerse respetar, y que lloraba cuando en las mañanas entraba en su clase, demasiado turbulenta, encontrando y teniendo que borrar con un trapo su caricatura trazada en el encerado por uno de sus alumnos.

Los maestros grotescos y miserables, los escolares feroces y cínicos, las salas de la clase apesando á polvo y tinta, el lúgubre plátano del patio; todo entristecía y disgustaba á Amadeo en el colegio Batifol. Aunque muy inteligente, hubiérase hastiado de su instrucción servida en barreño como el rancho de los soldados, sin su amiguita Luisa Gerard que por natural bondad habíase constituido en su maestra de estudios y le guiaba y alentaba. Ella le repasaba los rudimentos de Lhomond y el diccionario de Alejandro, para ayudar al niño en su lucha con su *De viris*. Desgraciado del que no ha tenido en su infancia una falda al lado, una dulce influencia de mujer; conservará toda su vida restos de brutalidad en la inteligencia, y de dureza en el corazón. Sin la excelente Luisa, Amadeo hubiera estado expuesto á este peligro. Pues muerta su madre, preciso es confesar que M. Violette descuidaba un poco á su hijo.

Porque el pobre viudo no se consolaba.

Desde la muerte de su mujer había envejecido diez años, y el mechón de cabellos recalcitrante habíase vuelto gris. Figuras que Lucía fué la sola alegría de la vida mediocre y obscura de aquel pobre emborrón-papel. Ella era tan bonita, tan dulce, tan mujer de su casa, tan instintivamente elegante, que todo le sentaba bien, y de una flor hacía una joya. M. Violette sólo existía en este querido y cruel recuerdo, haciendo revivir con el pensamiento su humilde y consolador idilio.

De esto hace diez años. Uno de sus compañeros del ministerio le llevó á pasar la noche á la habitación de un antiguo amigo que era capitán de inválidos: un buen hombre, que había perdido en Waterloo su brazo derecho. Fué padrino de Lucía. Viejo, solterón amable y alegre, se complacía en dar de vez en cuando veladas íntimas en su domicilio del cuartel, que era una especie de capilla bonapartista. Servíanse en ella pasteles y vasos de ponche, y la madre de Lucía, que tenía parentesco lejano con el capitán, hacía los honores. M. Violette reparó en seguida en la joven, que estaba sentada y que tenía en la cabeza

un clavel encarnado entre el peinado á lo *Bata Ula de las Pirámides*. Era en el rigor del verano, y á través de las ventanas abiertas veíanse la Explanada y los cañones que anuncian las victorias á la luz de una luna magnífica. Ya se había jugado á las preguntas y á las respuestas, y cuando llegó su turno á Lucía, ésta preguntó al Señor Violette:

—¿Qué flor le gusta á usted más?

Y él contestó balbuciendo:

—El clavel.

Y luego, ¡con qué gracia sencilla, con qué pudor atractivo sirvió ella el té, yendo de acá para allá con una taza en la mano, seguida del viejo manco de charreteras de plata, que llevaba el azucarero!

Con objeto de verla, M. Violette hizo al inválido visita tras visita, pero las más veces sólo encontraba al capitán, que le contaba sus victorias y conquistas y el ataque del reducto de Borodino, en donde había sido condecorado. E imitaba la voz de trueno de Murat, cuando el rey de Nápoles, dominándolos á todos, gritaba para hacer carga á los escuadrones.

Por fin, un hermoso domingo de otoño, bajo un cielo de un azul pálido, M. Violette pudo hallarse solo un instante con la joven en el jardín de los inválidos.

Séntose en el banco de piedra, al lado de Lucía y la declaró su amor, mientras el soldado de bronce clavaba en él su persistente mirada. Ella, poseída de deliciosa turbación, le dijo: «Hable usted á mamá,» y bajó los ojos, como mirando el mazo de margaritas que diseñaba la Cruz de la Legión de Honor.

¡Y todo esto había acabado, se había perdido para siempre! El capitán había muerto, y la madre de Lucía también. Y . . . también Lucía, su bien amada Lucía, después de haberle dado durante seis años, ¡sí, seis años! una dicha sin nubes.

De seguro que no volverá á casarse. ¡Oh! ¡Jamás! Ni mucho menos tendrá nunca querida. Para él no ha existido ni existirá mujer alguna más que la pobre bien amada que duerme allá lejos, en el cementerio Montparnasse, y cuya tumba va él á visitar todos los domingos, llevando una regaderita oculta debajo del paletó.

Recuerda con un estremecimiento de disgusto que pocos meses después de la muerte de Lucía, una tarde sofocante de Julio, estando él sentado en un banco de Luxenburgo, oyendo distraído los tambores de la retreta, una mujer habíase sentado á su lado y le miraba con fijeza. Luego aquella mujer le llenó de sorpresa cuando le preguntó con un acento entre tímido y descarado: «¿Está usted tomando el fresco?» hasta que concluyó por decirle: «venga usted á mi casa». El la siguió; pero apenas hubo entrado, representóse todo su pasado, y sintiéndose como ahogado de vergüenza, se dejó caer en una silla, sollozando y tapándose la cara con las manos. Era tan inmenso su dolor, que por un instinto de piedad femenina, aquella desventurada le tomó la cabeza entre sus brazos, diciéndole para consolarle: «Llora, llora, eso te desahogará,» y al mismo tiempo le mecía como á un niño.



El pudo por fin desasirse de aquella caricia que le avergonzaba. Dejó sobre la cómoda el poco dinero que tenía; huyó, entró en su casa, se metió en la cama, y allí, solo, pudo llorar y morder su almohada. ¡Qué horrible recuerdo!

No, nada de mujer, nada de querida, nada. Ahora su pena era su mujer y dormía pensando en ella.

Sobre todo el despertar del viudo era dolorosísimo; aquel despertar solitario en aquella cama en que sólo había una almohada. Allí era donde

en otro tiempo veía todas las mañanas á su querida Lucía, gozando del exquisito placer de verla dormir. A ella no le gustaba madrugar, por lo que algunas veces ella la había reñido en chanza. ¡Qué calma en aquel rostro tan fino y tan dulce, con los ojos cerrados; descansando tranquila con los cabellos en desorden! ¡Qué castidad en el abandono de aquel cuerpo joven y encantador! Había sacado uno de los brazos por encima de las mantas, y el cuello de la camisa se había caído descubriendo la esbelta espalda y el nacimiento de una suave garganta. Con el calor de la cama, ella exhalaba un olor tibio y vivificador, parecido al perfume de una flor de carne. El se inclinaba sobre su boca entreabierta para respirarla y sentía tierno orgullo nupcial cuando pensaba que era su esposa y compañera de lecho aquella deliciosa criatura casi infantil, y que su corazón, cuyas palpitaciones sentía, habíasele entregado para siempre. No podía contenerse, y acariciaba con sus labios los de la joven dormida: ella se estremecía al contacto del beso, abría entonces los ojos, en los que el asombro del despertar se trocaba en seguida, bajo la mirada del esposo, en una sonrisa dichosa... ¡Oh momentos de placer inefable!... Pero á pesar de todo, era preciso tener juicio, acordarse de que la lechera había colgado desde muy temprano en la puerta de la escalera el jarro con la leche, que no había lumbré encendida, que él debía presentarse temprano en la oficina, con tanto mayor motivo por cuanto se aproximaba la época de las gratificaciones. Así, pues, daba otro beso á Lucía soñolienta, que había vuelto á cerrar los ojos, diciéndola con acento cariñoso: «Vamos, hija mía, son las ocho y media. ¡Arriba, arriba, perezosilla!»

¿Cómo consolarse de tales bienes perdidos? Tenía un hijo. ¡Bien, sí, y le amaba mucho! Pero la vista de Amadeo aumentaba el pesar de M. Violette, porque el niño, que crecía, se parecía cada día más á su pobre madre.

## IV.

Tres ó cuatro veces al año, M. Violette, acompañado de su hijo, hacía una visita á un tío de su esposa, á quien Amadeo podría heredar algún día.

M. Isidoro Gaufre había fundado y hacía veinte años que manejaba una librería y almacén de estampas católicas, á la que añadió pronto un importante depósito de objetos religiosos de todas clases. *El barato de las parroquias*, célebre entre todo el clero francés, fué invadiendo poco á poco la parte principal y las dependencias de un antiguo edificio de la calle Servandoni, construido con el estilo pomposo y magnífico de fines del siglo XVII. La mayor parte del día, eclesiásticos ó personas con aspectos de tales subían los escalones de la noble gradería que conducía á un espacioso piso casi bajo, que recibía la luz por grandes ventanas sobre las cuales lucían sencillos adornos alternados con simétricos y enormes mascarones. Allí, el misionero de luenga barba, antes de embarcarse para las costas del Gabón ó para el extremo Oriente, venía á comprar su repuesto de escapularios y rosarios de coral falso, destinados á convertir á los negros y á los chinos; el miembro de la Orden Tercera, envuelto en una larga levita de color de chocolate, apretando entre sus brazos un gigantesco paraguas, se procuraba, á poco precio y por millares, folletos de propaganda religiosa; el cura de aldea, de paso en París, compraba un terno ó un incensario de plaqué de género bizantino, firmando pagaré á largo plazo, contrayendo esta deuda por celo y esperando solventarla con ayuda de la generosidad de los fieles. También solían visitar la casa algún joven confesor que venía á buscar obras finas de devoción, destinadas á algún penitente; por ejemplo, la titulada: *Las lágrimas de la viudez enjugadas por San Francisco de Sales*; ó bien el candidato á la diputación de un distrito católico, pidiendo una remesa de *Los doce caminos de la Cruz*, espantosamente ilustrados, que destinaba como regalo á las parroquias

donde sus adversarios le habían acusado de ser volteriano.

A estos compradores arreglábanse el hermano de la doctrina cristiana, ó la hermana de San Vicente de Paul, que necesitaban para sus escuelas catecismos y otros libros edificantes. También, de vez en cuando, un príncipe de la iglesia, un obispo de aspecto aristocrático, envuelto en su amplia capa, con su sombrero romano verde y oro, encerrábase misteriosamente con M. Isidoro Gaufre en el gabinete de este último, y volvía á salir acompañado hasta la gradería por el dueño del establecimiento, que le prodigaba toda clase de saludos y reverencias, inclinándose obsequiosamente para recibir la altiva bendición de aquellas manos cubiertas con guantes morados.

No era seguramente por simpatía por lo que M. Violette había conservado sus relaciones con el tío de su mujer, porque M. Gaufre, cortesmente servil para todos los que podían servirle de algo se presentaba extraordinariamente desdeñoso con los que creía no necesitar. Cuando vivía su sobrina, ocupábase muy poco de ella, y sólo la había dado, como regalo de boda, un crucifijo de marfil con pililla para el agua bendita, que el comerciante de objetos para el culto fabricaba por mayor para uso de los conventos. Hijo de sus



obras, y habiendo hecho, según se decía, una fortuna considerable, M. Gaufre tenía en mediana estima á aquel pobre diablo de empleado, cuyo ascenso era tan lento, y que debía ser, sin duda, perezoso é incapaz. Por el modo de ser recibido en la casa de la calle Servandoni, M. Violette comprendía el triste concepto que merecía al «explota-Dios», como él llamaba al comerciante, y si volvía, reprimiendo su natural orgullo, era únicamente por su hijo, porque M. Gaufre era rico y viejo; y ¡quién sabe! podría ser que no olvidara en su testamento á su sobrino Amadeo.

Convenía que viese al niño de vez en cuando, y M. Violette, por deber paternal, se condenaba tres ó cuatro veces al año al fastidio de una visita al *Barato de las parroquias*.

No obstante, las esperanzas que abrigaba respecto á la herencia de M. Gaufre eran muy problemáticas; porque el empleado, á quien el director del bazar sagrado invitaba alguna vez á comer por compromiso, había reparado con sorpresa en el tono despótico y familiar de la criada de la casa, soberbia normanda de veinticinco años de edad y que respondía al real nombre de Berenice. Los modales impertinentes de esta bella y robusta comadre descubrían en ella una favorita, así como también las chispas de diamantes que brillaban en sus pendientes; y de seguro, esta mujer vigilaría el testamento de su amo sexagenario, de cuello apoplético, y que solía quedarse amodorra lo después de comer.

M. Gaufre, aunque pertenecía á la cofradía de San Sulpicio y cumplía todos sus deberes religiosos, siempre había sido aficionado á relacionarse con sus fámulas. Su mujer, muerta hacía diez años, fué en vida una de esas desdichadas de las que dice la voz popular: «Esa pobre señora es digna de compasión: no puede sacar provecho de sus criadas.» En vano había buscado en el confin de las provincias esas criadillas, feas y de buena reputación: flamencas, nivernesas, alsacianas, picardas y hasta una joven del Bocaire que había obtenido el premio de virtud; todas fueron implacablemente devoradas por el minotauro de la calle Servandoni. Todas fueron puestas en la calle con un concienzudo par de bofetones administrados por la esposa justamente irritada, y afortunadamente para M. Gaufre, ninguna de esas Agar le dió un Ismael. Habiéndose quedado viudo, el persigue-fregonas pudo entregarse con toda seguridad, pero sin escándalo, á su pasión por las criadas; y nuevas campesinas, peinadas de un modo extraño, respondieron favorablemente, en diversos sentidos, á sus culpables proposiciones. Unas trenzas alsacianas duraron seis meses, una caperuza bretona más de un año; pero por fin, sucedió lo que fatalmente debía suceder. El monógamo que dormita en cada libertino se despertó, y la bella Berenice aprisionó definitivamente en sus cadenas al voluble M. Gaufre que con la edad se volvió constante, ella era, pues, reina absoluta de la casa, en la que se imponía doblemente por su maciza belleza y su talento culinario; y como observaba que después de cada comida se congestionaba el semblante de su amo, debió seguramente pensar en el porvenir. Todo era, pues, de temer por este lado. ¿Quién podía responder de que M. Gaufre, después de todo, muy devoto, no tuviese el mejor día escrúpulos de conciencia y no concluyera por un casamiento *in extremis*?

M. Violette comprendía todo esto; no obstante, procuraba que Amadeo no fuera olvidado por su viejo pariente, y algunas veces, pocas, salía del ministerio antes que de costumbre, iba á buscar á su hijo á la salida del colegio Batifol y le llevaba á la calle Servandoni.

Los vastos salones transformados en almacenes en cuyas olvidadas mamparas veíanse todavía restos de pinturas representando pastores que ofrecían á sus pastoras un par de pichones, eran siempre para Amadeo causas de curiosidad y sorpresa.

Después de atravesar la librería, en donde millones de volúmenes con broches y encuadernaciones grises y amarillas estaban como en prensa en estantes, de donde los tomaban para hacer paquetes algunos mozos con blusas de lienzo crudo, se entraba en el almacén de orfebrería, en el que sobre hermosas vitrinas resplandecía el lujo insinuante y atractivo de las iglesias, tabernáculos dorados, donde el Cordero Pascual reposa sobre un triángulo radiante, incensarios de cuatro cadenas, estolas y casullas cuajadas de bordados, enormes candelabros, patenas y cálices incrustados de esmaltes y de pedrerías falsas. Viendo tantos esplendores el niño, que había leído las *Mil y una noches*, creía penetrar en la caverna de Aladino ó en el antro de Aboul Cassem. Desde este deslumbramiento, pasábase sin transición al sombrío depósito de hábitos eclesiásticos. Aquí todo era negro, aquí no se veían más que sotasanas apiladas y pirámides de grandes sombreros.

Sólo dos maniqués, el uno vestido de la púrpura cardenalicia y el otro del manto morado episcopal, daban un poco de color al tenebroso almacén.

Pero sobre todo, lo que dejaba más estupefacto á Amadeo, era la gran sala de estatuitas pintadas. Allí estaban los ídolos de los devotos de las capillas pequeñas, puestos al azar sobre tablas en rara promiscuidad.

(Continuará.)

*Páginas de la Moda.*

FIG. 1.—GRAN CAPA DE PIELES PARA SALIDA DE TEMPLO, BAILE U OPERA.

**MODAS PARISIENSES.**

Bajo el torbellino de lentejuelas de oro viejo que formaron las primeras hojas secas del otoño, resultan magníficas las hípicas sesiones de Auteuil donde se exhibe la moda de invierno.

En su asistencia, de una incomparable elegancia, sentíase la impresión de la nueva moda llena de un *parisianismo* artístico.

Nada de coloridos brillantes que fueron la boga del verano, hoy ya vuelven á imperar los tonos neutros ó suavemente amortiguados y confundidos.

Se llevan ahora mucho las corbatas de ancho nudo hecho á mano y fabricadas en toda clase de tejidos de seda ó en tafetán color rosa, cielo ó paja.

También diremos algo de los pequeños coletos de piel, cuyas formas son tan caprichosas y variadas que su descripción resulta imposible.

Se usan mucho ahora los cinturones hechos con varias cintas de distintos colores con un nudo al lado izquierdo y largas caídas que le hacen de muy buen gusto.

Como sombrero, la forma definitivamente adoptada es el pequeño tricorno Luis XV, que se hace de fieltro fino con muy pocos adornos, un pequeño penacho, algunas plumas y un broche de diamantes.

Los sombreros no tienen flores, hoy sólo se llevan cintas y plumas, pájaros y peluche, lo cual es de muy buen tono.

Siguen haciéndose mucho las chaquetas con gruesos cordones de pasamanería, confortables y abrigadas.

**TRES REINAS.**

La sucesión de Humberto I en el trono de Italia ha permanecido indecisa durante mucho tiempo y ha dado ocasión á una campaña política entre dos familias de las más ilustres de Europa: la del Príncipe de Nápoles y la de los Duques de Aosta.

El Príncipe de Nápoles es el único hijo del Rey de Italia, y durante su infancia fué excesivamente enfermizo y delicado, tanto, que fué un triunfo salvarlo

de los peligros á que los niños están expuestos durante ciertas épocas críticas.

En ese tiempo la corte entera creía, con más ó menos visos de verosimilitud, que el hijo de Humberto I ó no llegaría á la mayor edad ó no contraería matrimonio, de manera que la sucesión en el trono pasaría al sobrino mayor del Rey, al Duque de Aosta.

El Duque de Aosta contrajo matrimonio con la Princesa Elena de Orleans, hija del Conde de Paris pretendiente al trono de Francia.

La Princesa de Orleans fué primero prometida del Duque de Clarence, hijo mayor del Príncipe de Gales: pero el matrimonio no llegó á efectuarse, debido á que el Papa negó el permiso á la Princesa para unirse con un protestante.

Después, con la perspectiva de ser algún día madre del Rey de Italia, se casó con el Duque de Aosta.

La ceremonia se verificó en 1895, en Kingstonupon, Tames, Inglaterra.

Posteriormente á ese matrimonio, la salud del Príncipe de Nápoles mejoró rápidamente, y, en medio de la admiración universal, se anunció su matrimonio con la princesa Elena de Montenegro. Poco tiempo después el matrimonio se celebró.

Los Duques de Aosta no tuvieron sucesión en los primeros años de su matrimonio. Esta circunstancia, y la unión del Príncipe de Nápoles, hicieron que la Duquesa perdiera las esperanzas de ocupar el trono italiano y sembró la discordia entre ella y su esposo, según refiere la crónica europea, el hecho es, que duante algún tiempo los Duques de Aosta estuvieron separados.

Sin embargo, los Príncipes de Nápoles no tuvieron tampoco sucesión.

Entonces, en la Corte de Italia, surgió el grave conflicto: ¿Quién sería el Rey á la muerte de Humberto? Dícese que los allegados á la familia reinante trataron de

reconciliar á los esposos y al fin lo consiguieron.

Los periódicos europeos han anunciado por fin, el nacimiento de un niño, hijo de los Duques de Aosta. Agregan que la Duquesa se sometió á un tratamiento continuado y penoso del especialista Schenk, que ha obtenido ya otros éxitos en la determinación del sexo de los niños, antes del nacimiento. Pero dicen que la Princesa de Nápoles está dispuesta á seguir idéntica conducta, de modo que la cuestión está aún en pié, y tres son las damas que pueden llegar á dar nacimiento al futuro Rey de Italia: la Reina Margarita, la Princesa de Nápoles y la Duquesa de Aosta.

**ALGO DE TODO.**

**PAPAS PREPARADAS DE DIVERSOS MODOS.**

**PAPAS CON GITOMATE.**—Se fríen gitomates asados, un trozo de pan dorado en manteca y unas pimientos, molido todo esto, sazonando la fritura con aceite, vinagre y sal; se añaden luego las papas cocidas, rebanadas y fritas y yemas de huevo batidas.

**PAPAS SECAS.**—Después de engrasar con manteca una cazuela extendida, se polvorea con pan y en seguida se coloca una cama de papas cocidas y rebanadas,

sazonándolas con pimienta, sal, queso rayado y mantequilla; se añade luego una poca de leche y se hacen secar á dos fuegos suaves.

**PAPAS RELLENAS.**—Se fríen en manteca, cebolla, gitomate y perejil, picadas muy fino; luego que la fritura esté bien cocida, se añade pimienta, clavo y nuez moscada molidos, sardinas en gitomate, aceitunas, alcaparras y chile en vinagre, picado todo esto suavemente fino, la sal necesaria y vinagre á gusto; estando el picadillo seco y bien sazonado, se rellenan con él unas papas grandes cocidas y mondadas, á las que se les separa un poco de la pulpa interior, cuidando de no romperlas; en seguida se mojan con huevo, se cubren con pan rayado y se doran con manteca, sirviéndolas muy calientes con alguna salsa ó ensalada.

**PAPAS EN BLANCO.**—Cocidas, mondadas y rebanadas, se ponen por media hora en agua de sal; en seguida se enjugan con una servilleta y se fríen en mantequilla, añadiendo después pimienta molida, sal, perejil picado y un poco de caldo sazonado y colado: después que hallan hervido un poco, se les mezcla el jugo de un limón, se dejan espesar, y en seguida se les separa del fuego.

**PAPAS CON VINO.**—Puesta al fuego una cacerola con mantequilla, se fríen en ella cebolla y perejil picados, añadiendo en seguida pimienta molida, sal, una poquita de harina, las papas cocidas y rebanadas, y bastante vino Jerez, dejándolas hervir hasta que el caldillo haya espesado



FIGS. 2, 3 Y 4.—TOILETTE PARA NIÑOS.



FIG. 5.—TRAJE DE SEDA CON APLICACION DE BLONDA.



FIGS. 6, 7 y 8.—GRUPO ELEGANTE DE TRAJES DE CASA.

**JALEA DE TEJOCOTES.**—Se lavan los tejocotes hasta que queden bien limpios, y después de separarles los tallos y las coronitas, se sancochan, se les quita esa agua y se echan en agua caliente, en la cual se dejan cocer.

Al día siguiente se ponen al sol y al sereno, hasta que formen una ligera espuma, pero cuidando de que no se ágrien; entonces se restregan para que se deshagan, se ponen á destilar en un cernidor, y en seguida en una bolsa de manta tupida. Se mezcla luego este mucílago con azúcar blanca molida, poniendo, para cada litro de aquel, 485 gramos [doce onzas] de ésta; se echa la jalea en un cazo extañado, se hace hervir á fuego muy fuerte para que no se ponga colorada, cuidando de no menearla, con objeto de que no se rebote, y de separarle toda la espuma blanca que arroja al hervir. Luego que forme al borde de la cuchara un espejo que no se rompa, que es punto que debe tener, se aparta del fuego, se deja reposar un poco y se vacía en los moldes.

Si se le quiere dar mejor gusto, se le añade el jugo de una piña bien madura, con el cual sólo se deja dar un hervor, ó en sustitución de éste jugo de granada ágría.

Cuando se quiere obtener una jalea sumamente blanca, después de limpios y cocidos los tejocotes, se dejan enfriar y se mondan luego, poniéndolos en agua fría, á medida que se ejecuta esta operación, dejándolos en la misma agua. Cuatro días después se cueclan en una bolsa de manta, cuidando de no apartarla para que la jalea salga muy clara, la cual se mezcla después con azúcar molida, en las mismas por-

ciones que la anterior, y se cueclan por segunda vez en otra bolsa de manta más tupida, concluyendo la operación por los mismos procedimientos que quedan indicados en la fórmula anterior.

Si la jalea se quiere todavía más blanca, se ponen los tejocotes por tercera vez en agua.

### Nuestros Grabados.

FIG. 1.—GRAN CAPA DE PIELS PARA SALIDA DE TEMPLO, BAILE U OPERA.

Esta capa es de las que más favor obtienen en París. Está hecha con un gran cuello pleno, de un estilo intermedio entre el Médiéis y el Valois, con solapas muy elegantes. Es redonda y á grandes pliegues. Lleva un doublé de tafetán rosa-clavel, ligeramente dentado en su extremidad.

FIGS 2, 3 y 4.—TOILETS PARA NIÑOS.

La figura 2 es un frock de sarga de seda plissé. Bajo un plastroncito adornado de seis presillas y dos jockeys muy elegantes.

La número 3 es un trajecito de cheviotte para niño de 6 á 8 años compuesto de tres piezas sencillas: chaleco, saco redondo y pantalón sin jareta ornado en los remates de botones.

La número 4 es una batita de seda malva con capelinita figurada bordada de cinta y estrellas.

FIG. 5.—TRAJE DE SEDA CON APLICACION DE BLONDA.

Es de satín lila pálido. La falda tiene un delantal figurado bordado de guías de seda. Blusa drapeada de blonda antigua de Bruselas, en forma de volantes. Mangas con jockeys de blonda y abullonados elegantes.

FIGS. 6, 7 y 8.—GRUPO ELEGANTE DE TRAJES DE CASA.

La figura 6 es una toilette de escocés. Falda orlada de cadenilla de blonda. Cuerpo avolantado con adorno de la propia cadenilla, collar de satín con bandas de terciopelo, corbata de blonda y una gran aplicación de la misma en volantes sobre el pecho. La figura 7 es de cheviotte. Falda completamente lisa, blusa abierta sobre un gran plastrón tableado de muselina de seda, y tableada á su vez en sentido vertical, á ambos lados del plastrón, con adornos de cadenilla de seda ornando los tablerillos.

La figura 8 es de sarga de seda gris perla, ornada toda de galón de seda. Este galón drapea la camisola sobre la que se abre el jacquette y las mangas con red de los angeles, de mucho efecto.

Otro pago de \$ 3,276.92 de "LA MUTUA"

EN SAN LUIS POTOSI.

Recibo de 'The Mutual Life Insurance Company of New York.' la suma de (\$3 276, 92 cs.) Tres mil doscientos setenta y seis pesos noventa y dos centavos plata mexicana siendo (\$2,000.00) dos mil pesos suma asegurada y [\$1 276 92 cs.] por devolución de premios pagados en pago total de cuantos derechos se derivan de la póliza número 412,145 bajo la cual estuvo asegurado el finado Señor Don Antonio Lozano y para la debida constancia en mi carácter de albacea de la testamentaria del finado, extiendo el presente recibo en la misma póliza que se devuelve á la Compañía para su cancelación en San Luis Potosí á quince de Diciembre de mil ochocientos noventa y ocho.—Firmado.—Camilo E. Lozano.

El suscrito Notario Público certifica: que la firma que antecede, y dice "Camilo E. Lozano" es de puño y letra de la persona que expresa, la misma que usa y acostumbra en todos sus negocios; dando también fé de conocer al citado señor Lozano como mayor de edad, soltero, comerciante de esta vecindad y apto para obligarse civilmente, así como de su carácter de albacea del finado señor su padre Don Antonio Lozano.

A solicitud de parte interesada sienta esta certificación en la Ciudad de San Luis Potosí á los quince días del mes de Diciembre de mil ochocientos noventa y ocho.

Firmado.—Jesús H. Soto.